

EL "TERCERO CATECISMO LIMENSE" COMO MEDIO DE TRASMISION DE LA FE (1585)

INTRODUCCION

El presente trabajo retoma un tema que comenzamos a desarrollar en esta misma revista ya hace algunos años (*Teología* 42, 1983). De acuerdo al plan de investigación que nos propusimos en aquella oportunidad correspondía, en primer lugar, presentar en sus pormenores el fenómeno de la *religiosidad incaica* (creencias y culto) para así estar en condiciones de comprender y valorar adecuadamente la problemática *antropológico-misional* que nos proponía la lectura del *Tercero Catecismo* o *Sermonario Conciliar*. En un segundo momento, abordaríamos el estudio detallado de los principales desarrollos y afirmaciones catequísticas en torno a la transmisión de la fe cristiana a los habitantes del antiguo Perú. De este modo, el trabajo constaría de dos grandes partes: la antigua y la nueva fe religiosa. La primera la publicamos bajo el título *La refutación de la idolatría incaica en el "Sermonario" del III Concilio Provincial de Lima (1585)*. En esta ocasión nos proponemos presentar la segunda, para así no dejar pendiente el compromiso que entonces asumimos.*

Nuestra rápida incursión por el universo de las creencias y ritos incaicos nos ofreció la oportunidad de ponernos en contacto (al menos) con los elementos esenciales que constituyen la *psicología religioso-moral* de los catecúmenos del Tawantinsuyo (convicciones, intencionalidades, costumbres, ceremonias, abusiones, etc.). No ha sido otro nuestro intento.

* Ponencia presentada en el *II Simposio Internacional "Transculturación y liberación del indio"* (con motivo del "V Centenario del Descubrimiento de América"), organizado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el Instituto de Cooperación Iberoamericana y la Universidad Pontificia de Salamanca. Madrid, 22-24 abril 1987. De dicha ponencia se publica la II y III partes.

Esos mismos elementos mirados en su conjunto nos permiten, a su vez, formarnos una idea más o menos acabada de la *semblanza* o *retrato* que bajo este aspecto se plasmaron los mismos misioneros encargados de su evangelización. Punto clave para comprender las *modalidades* concretas que luego asume la instrucción catecumenal en su intento de adaptarse a la idiosincracia de la sociedad andina, y en el esfuerzo por liberarla de los errores religiosos y sus consecuencias morales (como es el caso de las publicaciones catequísticas del III Limense).

Desde hacía varios años había sonado para los indios la hora de incorporarse al redil de la Iglesia; y llegan a su seno (como es lógico) con su bagaje cultural de siglos, y con la cosmovisión sacral del mundo y del hombre que terminamos de bosquejar. No podía ser de otra manera, ingresan con su naturaleza y su genio. Pero debemos tener presente que algunos aspectos fundamentales de este secular "patrimonio" de realidades y vivencias (por su propio carácter) entran de inmediato en abierto conflicto con las prioridades del mensaje evangélico (como lo atestigua a cada paso la obra catequística que nos ocupa).

Llega entonces el momento de afrontar el reto misional: esa "religiosidad" deberá ser *purificada* de todo lo indigno, idolátrico y diabólico, pues también estos hombres (como dice san Pablo) habían cambiado la imagen divina de la creación por estatuas de mortales, de animales y plantas (*Rom* 1, 20-23); deberá ser *asumida*, en el sentido de aprovechar todo lo que en ella hubiera de útil, pero elevándolo; y, por último, deberá ser *transfigurada*, cambiando algo que ya había en ella, por otra cosa mejor y más completa con los planes salvíficos de Dios¹.

¹ En la labor misional indiana nos parece que un punto fundamental de los *métodos* fue el intento de adaptación a las costumbres de los nuevos pueblos, en todo aquello que no fuera esencialmente idolátrico. Esta orientación evangelizadora es de raigambre medieval. Se puede encontrar ya en la *Instrucción* que el Papa Gregorio Magno entregó a la misión anglosajona de San Agustín de Canterbury (*Ep* XI, 56). Estos consejos se inspiran en la tradición que el Medioevo había recibido de la patristica sobre la salvación de los infieles y las religiones no cristianas, de modo especial de la escuela de San Agustín y sus seguidores. Las enseñanzas de los Padres (en lo que se refiere a los puntos positivos que se pueden encontrar en ellas) son las que hemos enumerado: no destruirlas, asumirlas, purificarlas y transformarlas. Cfr. Jean Danielou, *Christianisme et religions non chrétiennes*, en *Etudes* (1964), 321-336. El mismo P. José de Acosta, autor principal del texto castellano de nuestro *Sermonario*, se hace eco de esta tradición misional en su *De Procuranda Indorum Salute*. Cfr. Lib. I, cap. VIII, 413; Lib. II, cap. IV, 437; Lib. III, cap. XXIV, 502; y Lib. VI, cap. XX, 603 (ed. BAE).

Al respecto, conviene recordar que por encima de los credos y principios superiores (monolatría) impuestos por los sabios (amautas) y la casta sacerdotal incaica, los *ayllos* o parcialidades continuaban adheridos a sus ancestrales creencias religiosas deificadoras de la naturaleza, que expresaban en un culto politeísta rendido de modo particular a los objetos y fenómenos naturales, a los que se atribuyeron fuerza sobrenatural. De este modo, el *animismo* y el *fetichismo*, unidos con el consustancial *concepto totemista* propio de las comunidades indígenas, dieron lugar a la aparición de un nutrido panteón de divinidades, y a la formación de un culto o liturgia basado en un conjunto de ritos mítico-supersticiosos (sacrificios, ofrendas, oblaciones, conjuros, etc.), con cuya puesta en práctica creían poder romper las rígidas leyes que mediatizaban su existencia.

Así, los naturales se entregaron apasionadamente al ejercicio de la *magia* (para encontrar una posible explicación a los fenómenos de la naturaleza); al arte de la *nigromancia* y de la *adivinación* (para escrutar el sentido del futuro y la suerte de sus destinos); a los *conjuros* y *hechizos* (para librarse de los espíritus que pudieran dañarlos y para actuar sobre la voluntad de otros); y a la *nosomántica* (recurso de los hechiceros para curar las dolencias y enfermedades que aquejaban sus cuerpos)².

Contra este tipo de idolatría tendrán que luchar denodadamente los doctrineros y curas de indios. La consigna evangélica en el Perú, y en todas las zonas de misiones vivas será idéntica: desterrar del alma y del corazón de los neoconvertos el hecho idolátrico, en sus manifestaciones individuales y colectivas, privadas y públicas. Ellos debían clividar, cuanto antes sus prístinos dioses y sus ceremonias gentiles; y aceptar, por un acto de asentimiento interno y libre, al verdadero Dios. A la vez que participar activa y piadosamente en los nuevos ritos litúrgicos, mediante los cuales los creyentes le rinden adoración y alabanza.

A enfrentar este desafío evangelizador saldrá nuestro *Tercero Catecismo* (de ahora en adelante *Sermonario*) de la imprenta limeña de Don Antonio Ricardo allá por 1585, para luego circular de mano en mano por misiones y doctrinas. Siempre dispuesto a inspirar la catequesis y la predicación en favor de los naturales del Perú virreinal.

Antes de comenzar a desarrollar el tema que nos ocupa, es conveniente determinar el plan que seguiremos en la exposición del mismo.

² Cfr Fernando Armas Medina, *La cristianización de las Indias*, en *Raíces de América* (ed. J.M. Gómez Tabanera), 359-360. Madrid, 1968.

Entre las diversas posibilidades de investigación que ofrece el texto, nos proponemos tratar dos cuestiones o aspectos básicos:

En primer lugar, vamos a considerar al *Sermonario* en sí mismo, prestando especial atención a lo que podríamos llamar su *pedagogía catequística*. Expresión bajo la cual incluiremos las siguientes cuestiones: consignas pastorales, diagramación de los contenidos (proyecto o plan), prioridades temáticas, métodos y recursos didácticos, destinatarios, finalidad, etc.

A continuación, tras la reconstrucción del marco humano y pedagógico en el que se mueve la obra, y que palpita en cada una de sus páginas, nos dedicaremos de lleno al tratamiento del tema central de la presente investigación: el análisis descriptivo del *contenido catequístico* que por boca del predicador se le propone a los indígenas a modo de instrucción catecumenal. Ante la imposibilidad de analizar (por falta de espacio) los pormenores de los 31 sermones (o catequesis), nuestra atención se encaminará (bajo la guía de un criterio selectivo específico) a examinar algunos aspectos fundamentales de la *catequesis dogmática*, ámbito privilegiado para percibir la dinámica misional al servicio de la trasmisión de la fe.

I. LA PEDAGOGIA CATEQUISTICA

De acuerdo al plan de exposición que nos trazamos, nos aguarda ahora una nueva tarea: ubicar al “predicador” o “maestro de doctrina” (personaje central del *Sermonario*) frente a su peculiar y anhelante auditorio; y advertir al mismo tiempo su comportamiento pastoral en medio de los grupos de naturales que se preparan a recibir el bautismo o que asisten algunas veces a la semana al catecismo de perseverancia³. En el despliegue y ejecución de este esfuerzo catequístico se dejará guiar por el permanente afán de captar con presteza la benevo-

³ Según las disposiciones eclesíásticas vigentes, eran días de catequesis (doctrina), para los indígenas adultos, los domingos y días festivos, más dos días laborables: miércoles y viernes (*II Limense, Consts. para los naturales, cap. 89*). El *III Limense* fija “a lo menos los días domingos y fiestas” (*II Acción, cap. 5*). Y el mismo santo Toribio recordó para su arzobispado la obligatoriedad de la práctica establecida por el *II Limense (Sinodo de 1585, cap. 47)*. Las niñas hasta los doce años, y los varones por más tiempo, tenían catequesis casi todos los días, con un horario indefinido. Después de esta edad, y comprobada la asimilación de la enseñanza impartida, se comenzaba a dispensarlos progresivamente de la asistencia diaria, y sólo se les obligaba a asistir los días laborables junto con los adultos, para que de este modo comenzaran a prestar ayuda a sus padres en diversos trabajos.

lencia de los oyentes, para así poder atraer su atención y mover sus ánimos hacia la resuelta aceptación de la fe cristiana. Intento en el que irá conjugando con sugestiva habilidad la transmisión de doctrina y la infusión de los afectos más adecuados para suscitar en aquellos corazones indígenas el sincero deseo de la conversión. Pero antes de iniciar el tratamiento de la "cuestión pedagógica" conviene formular algunas aclaraciones en cuanto al significado y alcance de ciertos términos que de ahora en más utilizaremos constantemente.

Cuando hablamos de la *catequesis* que ofrece o contiene el *Sermonario* empleamos la expresión en sentido amplio. No sólo como tradición o transmisión del depósito de la fe a los nuevos miembros que se van incorporando a la Iglesia (en este caso los indios del antiguo Perú). Sino también (y de modo especial) como sinónimo de toda clase de "instrucción" en la fe. Esfuerzo que comprende a la vez: el primer anuncio, la preparación al bautismo y la enseñanza que sirve de alimento cotidiano a la vida cristiana. Esta catequesis posee características bien definidas. Ante todo, es una exposición elemental, sencilla, pero completa del misterio cristiano. No se entretiene en presentar cuestiones o interrogantes difíciles. Presenta lo esencial, la sustancia misma de la fe, en sus aspectos dogmáticos, morales y litúrgicos. La misma se desarrolla en función del bautismo de los indígenas (prebautismal, catecumenal) y de la posterior maduración o consolidación de su vida cristiana (postbautismal, de perseverancia o crecimiento)⁴.

También en sentido más bien amplio utilizamos el término *catecumenos*. De acuerdo a su significado específico designa al grupo de naturales (adolescentes o adultos) sujetos a una preparación intensa en orden a recibir el bautismo⁵. Los que lo reciben pasan a engrosar la categoría de los *neófitos* o *neoconvertidos*, quienes ayudados por el catecismo o instrucción de perseverancia se disponen a crecer en el compromiso bautismal. Pero por tratarse de cristianos del todo "nuevos", necesitados por largo tiempo de los beneficios de una continua catequesis que les permita comprender con mayor claridad los miste-

⁴ Cfr. J. Danielou, *La catequesis en los primeros siglos*, 7-11. Ed. Studium. Madrid, 1975.

⁵ El *II Limense* estableció el catecumenado de "un mes entero" (*Consts. sobre los naturales*, cap. 30). El *III Limense*, por su parte, sin estipular un límite de tiempo fijo, encarga: "...siguiendo el orden de los sacros y antiguos cánones, manda con rigor el Santo Concilio que a ningún adulto se le dé el bautismo sin que primero diga de coro, por lo menos, el credo y el padrenuestro..., excepto en caso de necesidad o habiendo impedimento por la mucha vejez o enfermedad o excesiva rudeza de algunos, lo cual se deja a juicio y conciencia de sus curas" (*II Acción*, cap. 4).

rios de la fe y sus exigencias morales, a todos ellos los designamos con el calificativo genérico de *catequizandos* o *catecúmenos*, a no ser que por exigencias del contexto tengamos que introducir los matices mencionados.

Ahora bien. Para satisfacer la inquietud inicial de conocer más de cerca la actuación de nuestro “predicador de indios”, es indispensable comenzar por delinear (al menos) el *marco pedagógico* que inspira y modela el conjunto de sermones o pláticas puestos en su boca. El tema así planteado nos introduce de lleno en el ámbito específico de la catequesis misionera de la época, sobre todo en lo referente a los objetivos y modalidades concretas que su ejercicio asume conforme a las prescripciones del III Limense. En este sentido, nos interesa de modo particular señalar los componentes fundamentales del *acto catequístico* tal cual se realiza o despliega en cada uno de los encuentros con los catequizandos.

A. LAS DISPOSICIONES CONCILIARES

Al examinar los Padres del III Limense la cuestión de la “doctrina de los naturales” pensaron con total acierto en la necesidad de contar con “una relación suficiente, y no muy prolija, de los más usados errores y supersticiones” que los indios profesaban en orden a facilitarles a los doctrineros, predicadores y confesores la ardua y paciente tarea de extirpar las prácticas idolátricas aún vigentes⁶. A este escrito (ya conocido por nosotros) se le puso por título *Instrucción contra los Ritos de los Indios*; y los autores creyeron conveniente incluirlo, a modo de apéndice, en el texto del *Confesionario Conciliar*⁷.

Los prelados al solicitar su redacción a un equipo de peritos se manifestaban convencidos que la lectura de este pequeño, pero sustancioso manualito o vademecum etnográfico-misional, le permitiría al clero del arzobispado y diócesis sufragáneas (en especial el destina-

⁶ Proemio del *Confesionario para los Curas de Indios*, fol. 2v.

⁷ Bajo el epígrafe general *Instrucción contra sus Ritos* se incluyen tres informes distintos sobre las prácticas idolátricas de los antiguos habitantes del Incaio: 1) *Instrucción contra las ceremonias y ritos que usaban los indios conforme al tiempo de su infidelidad* (dividida en seis capítulos); 2) *Supersticiones de los indios sacadas del Segundo Concilio Provincial de Lima, que se celebró el año de 67* (es un resumen de los datos suministrados por las Constituciones 98-105 del referido concilio); y 3) *Los errores y supersticiones de los indios sacados del “Tratado y Averiguación” que hizo el Licenciado Polo de Ondegardo* (en quince capítulos).

do a zonas de población de origen inca o fuertemente influenciadas por sus usos religiosos), conocer y detectar con prontitud las creencias y ritos fundamentales en los que todavía se encontraba sumida buena parte de la feligresía de las misiones y doctrinas. A todas luces era indudable que el conocimiento por parte de los agentes evangelizadores del sistema *mágico-religioso* que los catecúmenos habían heredado de sus antepasados, al menos en su sustancia o núcleo primordial, debía considerarse como presupuesto básico al desarrollo de toda empresa pastoral que pretendiera cuajar en verdaderas y profundas conversiones. De ello estaban persuadidos tanto pastores, como peritos conciliares. Motivo por el cual el *Proemio* del aludido *Confesionario* se encarga desde un comienzo de dejar asentada con toda claridad esta convicción mediante el enunciado de un principio misionológico general, que en lenguaje del momento formula así: "Para asentar la doctrina del Evangelio en cualquier nación donde se predique de nuevo, del todo es necesario quitar los errores contrarios que los infieles tienen. Porque no hay gente tan bárbara que no tenga algún género de superstición, y sus opiniones acerca de Dios y de las ánimas humanas y de la otra vida"⁸.

1. Una consigna pastoral: desengañar a los indios de sus errores

Indiscutiblemente esta máxima debía aplicarse con todo rigor a la acción apostólica que se venía desplegando desde hacía más de treinta años entre los naturales del Perú. Entre ellos todavía era posible percibir la existencia de una "muchedumbre y variedad de supersticiones y ceremonias, y ritos y agüeros, y sacrificios y fiestas" propios de su gentilidad. Situación religiosa que permitía comprobar con asombro y pesar "cuán persuadidos y asentados les tenía el demonio [en] sus disparates y errores"⁹. Y fue precisamente esta angustiada verificación la que llevó a los obispos presentes en el concilio a promulgar una especie de *regla de oro* para orientar todo intento de roturación evangélica que se iniciara o prosiguiera en favor de los naturales: mientras no se los desengañe de sus errores, en vano será predicarles y hacerles repetir de doctrina cristiana¹⁰.

La consigna pastoral que lanzaba el Concilio era pues clara y apremiante: los pastores debían conocer los errores y vicios de los

⁸ Fql. 2r. Edición J.G. Durán, 425-426. En *El Catecismo del III Concilio Provincial de Lima y sus Complementos Pastorales* (1584-1585). Facultad de Teología de la UCA, Buenos Aires, 1982.

⁹ *Idem*, 426.

¹⁰ *Idem*.

indios, para luego poder desengañarlos de ellos. Se les tenía que demostrar mediante argumentos suficientemente claros y apodícticos (para su mentalidad) que sus antiguas creencias y ceremonias estaban contaminadas de mentiras y falsedades.

El primer paso que había que dar en este sentido, era tratar que los curas de indios tomaran pronta conciencia de la persistencia de los cultos idolátricos en muchas regiones de la dilatada provincia eclesiástica peruana a fines del siglo XVI. Todavía por los años en que se celebró el III Limense, y se publicaron sus escritos catequísticos, la tarea misional se encontraba frente a obstáculos que impedían su plena realización. A pesar del tiempo transcurrido, muchos núcleos aborígenes no habían renunciado por completo a la cosmovisión religiosa prehispánica. El recuerdo y el afecto a sus divinidades seguía presente en sus vidas. Los esfuerzos desplegados por la Iglesia y la Corona para removerlos no había conocido tregua. Ambas instituciones de común acuerdo (arzobispos, obispos y virreyes) no cesaban de tomar medidas tendientes a frenar el culto y las ceremonias gentílicas.

Pero la raíz más profunda del mal (era necesario reconocerlo con sinceridad) radicaba en la existencia hasta esos momentos de una evangelización defectuosa en más de un aspecto. Los impedimentos y carencias reconocían por cierto múltiples causas, las que al afectar a una misma realidad pastoral originaban la aparición de un cuadro de síntomas y perspectivas futuras en verdad preocupante. En esa realidad se daban cita a un mismo tiempo varios factores negativos: los escollos y estorbos propios de la tierra (geográficos y humanos), la violencia de la conquista, la idiosincracia de las poblaciones andinas, la creciente desarticulación de las mismas en razón de las encomiendas, repartimientos y tasas, la falta de idoneidad y espíritu apostólico de muchos clérigos (en especial seculares), la ausencia de un proyecto evangelizador orgánico (que el Concilio se encargará de delinear), la frenética contraevangelización desplegada en varias zonas por los hechiceros y brujos, etc.

Frente a esta realidad pastoral era necesario una vez más repetir que la efectiva introducción de la fe exigía (entre otras muchas cosas) la extirpación de todos aquellos aspectos y elementos de la religiosidad incaica que estuvieran contaminados esencialmente de idolatría. Con ella, como lo declaraba el mensaje bíblico, recordando los pecados e infidelidades de judíos y paganos, no cabían compendias ni acomodaciones. Sin embargo, en esta ocasión el panorama se presentaba signado por la esperanza, pues las preocupaciones y directivas se formulaban desde un ámbito eclesial excepcional por sus fines y alcances: un nuevo Concilio Provincial (el tercero en la sede

limeña) cuyas disposiciones cuajaban en precisos decretos y en publicaciones catequísticas oficiales.

2. El "Sermonario": una valiosa ayuda bibliográfica para transmitir la fe

Cuando los conciliares ordenaron el *Sermonario* (o *Tercero Catecismo*) pensaron que con tal providencia se les podía ofrecer a los sacerdotes que atendían indígenas el indispensable complemento bibliográfico que naturalmente reclamaban los anteriores catecismos (*Menor* y *Mayor*). Estos eran textos de iniciación. Presentaban sólo la médula de la fe y moral cristianas. El ministerio de la predicación indiana requería contar con otro escrito donde las verdades de la nueva religión fueran presentadas a los catecúmenos mediante el recurso de un amplio y orgánico desarrollo, abonado incluso con todas aquellas fundamentaciones y símiles que se consideraran de provecho para lograr una mejor comprensión y aceptación del mensaje revelado, y de sus exigencias morales y culturales. Con la publicación del nuevo texto (en 1585) la asamblea episcopal cumplía una vez más con otra de las apremiantes urgencias pastorales del momento.

B. METODO Y RECURSOS

Además de los 31 sermones o pláticas (que versan sobre los artículos de la fe, la penitencia interior, los sacramentos, los mandamientos, la oración y los novísimos), el flamante libro ofrecía a la consideración de los lectores (oportunísima providencia) los cuatro "*principios*" o "*avisos*" sobre los cuales debe obligadamente apoyarse el "oficio del predicador evangélico", si éste desea obtener buenos y sazonados frutos espirituales entre quienes escuchan sus palabras (en nuestro caso concreto los naturales).

Conviene ahora traerlos a la memoria antes de adentrarnos a recorrer las páginas de aquellos viejos sermones o pláticas. Porque de su consideración y empleo éstos hacen un sugestivo y aleccionador alarde de idoneidad catequística al desarrollar cada uno de los temas incluidos en el presente repertorio de doctrina cristiana, que sólo pretende transmitir a los indios una exposición (si bien elemental) lo más detallada y completa posible del misterio cristiano.

1. Adaptación al auditorio

El predicador, ante todo, debe saber acomodarse de inmediato a las capacidades mentales y afectivas de los oyentes. Así procedieron en el ejercicio de la predicación (en lejanos tiempos) el Apóstol San Pablo, San Agustín de Hipona, San Gregorio Nacianceno y San Gre-

rio Magno, entre otros insignes evangelizadores. Los frutos que consiguieron fueron ubérrimos y perdurables. Lección histórica más que suficiente para que este principio se tenga muy en cuenta en la fundación de la cristiandad indiana, pues se trata de implantar la vida cristiana entre “gente nueva y tierna en la doctrina del Evangelio, y lo común no de altos y levantados entendimientos, ni enseñadas en letras”¹¹.

2. Enseñanza de lo “esencial”

Además, el predicador se limitará a transmitir en sus enseñanzas lo que es estrictamente esencial a la fe y que todo cristiano tiene necesidad de saber. Esto es, el “a-b-c de la doctrina de Dios, como son cosas que se contienen en el catecismo”. Razón por la cual, tendrá que dejar de lado puntos delicados de la Escritura o de la teología, al igual que innecesarias profundizaciones espirituales y especulativas. Pues, “semejante manjar sólido, que ha de menester dientes, es para hombres crecidos en la religión cristiana y no para principiantes”¹².

3. Frecuente “repetición”

Asimismo, el que predica a indios nunca ha de cansarse de repetir en diversas ocasiones los principales puntos de la doctrina cristiana; y menos aún enfadarse y malhumorarse por tener que hacerlo. Siempre es de suma conveniencia volver a proponerles las verdades fundamentales del dogma y de la moral, especialmente aquéllas sobre los que padecen mayor ignorancia, a saber: “la unidad de un solo Dios, y que no se ha de adorar más que un Dios; que Jesucristo es Dios y hombre verdadero, y que es único salvador de los hombres; que por el pecado se pierde el cielo y se condena para siempre el hombre; que para salir del pecado se ha de bautizar o confesar enteramente; que Dios es Padre e Hijo y Espíritu Santo; que hay otra vida y pena eterna para los malos y gloria eterna para los buenos”¹³.

4. Siempre a “modo de plática”

Por último, en cuanto al modo de predicar, debe ser “llano, sencillo, claro y breve”; y el estilo, por consiguiente, “fácil y humilde, no

¹¹ *Sermonario* (“Tercero Catecismo”), *Proemio*, fols. 3r-v. En cuanto a la valoración que los misioneros hicieron de las capacidades intelectuales de los indígenas en relación a la recepción de la fe, véase: Pedro Borges, *Métodos misionales en la cristianización de América. Siglo XVI*, 77-82 (zona, Perú). Madrid, 1960.

¹² *Sermonario*, fol. 3v.

¹³ *Idem*, fols. 3v-4r.

levantado, las cláusulas no muy largas, ni de rodeo, el lenguaje no exquisito, ni términos afectados, y más a modo de quien platica entre compañeros, que no de quien declama en teatros". La puesta en práctica de este aviso, junto con el cumplimiento de las anteriores recomendaciones, evitará que los predicadores excediéndose de las capacidades y necesidades de los oyentes "se pongan a predicar a indios cosas exquisitas, o en estilo levantado, como si predicasen en alguna corte o universidad, y en lugar de hacer provecho hacen gran daño, porque ofuscan y confunden los cortos y tiernos entendimientos de los indios". Por todas estas razones el predicador debe esforzarse por presentar la doctrina de tal manera "que no sólo se perciba, sino también se persuada"¹⁴.

5. Por razones, símiles y afectos

De estos cuatro avisos o recomendaciones el último (sin duda alguna) es el de mayor significación pedagógica, sobre todo desde el punto de vista de los "modos" concretos de proponer la instrucción catecumenal. Porque si bien es obra propia del Espíritu Santo el "abrir los oídos del corazón" y el "levantar el alma" en orden a creer con firmeza las verdades que sobrepasan las capacidades del entendimiento humano, la consecución de la conversión de los oyentes también se sigue de la idoneidad con la cual el predicador afronta la tarea. Motivo suficiente para comprender de inmediato la importancia del reclamo pastoral en juego, pues a este fin por cierto "ayudan mucho las buenas razones y eficacia del que predica o enseña". Y dado que "con los indios no sirven razones muy sutiles, ni les persuaden argumentos muy fundados", es precisamente a través del constante empleo de "razones llanas y de su talle" y de "algunos símiles de cosas usadas entre ellos" como se los podrá convencer de la veracidad y bondad del mensaje cristiano.

En este sentido todas las argumentaciones que se puedan esgrimir para demostrarles la credibilidad de la doctrina deben apoyarse, sobre todo, en los testimonios que al respecto ofrece la Sagrada Escritura y en las explicaciones que el mismo predicador pueda imaginar. De este modo quedarán con facilidad descubiertos los errores de sus antiguas creencias y desautorizadas las enseñanzas impartidas por sus antepasados, especialmente los sacerdotes y hechiceros.

Pero para conseguir que tales argumentaciones sean realmente eficaces, el predicador ha de saber utilizar con sabiduría y perspicacia

¹⁴ *Idem*, fols. 4r-v.

un resorte psicológico fundamental que le ofrece la misma idiosincrasia del auditorio en su vertiente afectiva. En razón que los indios “comúnmente más se persuaden y mueven por afectos que por razones”, es conveniente tener muy en cuenta su sensibilidad en la manera de exponerles las verdades cristianas. Por tal motivo, “importa en los sermones usar de cosas que provoquen y despierten el afecto, como apóstrofes, exclamaciones y otras figuras que enseña el arte oratoria... Y aunque esto es general a todos, muy especialmente se experimenta que los indios, como de gente de suyo blanda, en sintiendo en el que les habla algún género de afecto, oyen y gustan y se mueven extrañamente. Porque ellos entre sí mismos en su lenguaje tienen tanto afecto en el decir que parece a quien no les conoce pura afectación y melindre. Así que usar a vueltas de la doctrina que se enseña algunos afectos con que se provoquen a amar lo bueno y aborrecer lo malo, es negocio muy importante para el que hubiere de predicar a estos indios”¹⁵.

6. Finalidad de los “sermones”

En relación a los oyentes la finalidad asignada al *Sermonario* (como lo hicimos notar líneas más arriba) es complementaria a la de los *Catecismos Menor y Mayor*. Esto es: proponer a los indios la misma doctrina, pero de modo “que no sólo la percibiesen y formasen conceptos de [las] verdades cristianas”, sino que también (y ante todo) “se persuadiesen a creerlas y obrarlas como se requiere para ser salvos”. Por lo tanto, los doctrineros mediante su empleo han de tender a lograr con carácter prioritario que los catequizandos, iniciados ya en la doctrina de la fe, ahora la perciban con mayor claridad, la crean con más convencimiento interior y se motiven a obrar conforme a ella.

La concreción de estos objetivos supone el empleo de un “estilo” diverso al adoptado en la redacción de los anteriores catecismos. Estos se habían escrito “por modo de diálogo de preguntas y respuestas”. Nuestro texto, en cambio, “por modo de *sermón* o *plática* del predicador, y tal que *enseñe y agrade y mueva a los oyentes* para que así reciban la doctrina de Dios y la guarden”¹⁶.

7. Prioridades temáticas

Nos resta todavía precisar el “orden” que el *Sermonario* sigue en la presentación de la doctrina de la fe, es decir el índice o sumario de

¹⁵ *Idem*, fols. 4v-5r.

¹⁶ *Idem*, fol. 5v.

temas catequísticos que maneja el predicador. Todos ellos giran en torno a una preocupación fundamental: enseñar "lo que ha de hacer todo hombre para ser salvo". En orden a conquistar esta realidad salvífica, cuya posesión asegura el entero cumplimiento del destino y ansias de felicidad humanos, cada indígena es invitado a colaborar con cuatro "obras" o "actos" interiores (propios de la inteligencia y la voluntad), a saber: "primero: *crear los misterios* de la fe de Jesucristo; segundo: *arrepentirse y hacer penitencia* de sus pecados; tercero: *recibir los sacramentos* de la Santa Madre Iglesia; cuarto: *guardar la ley* de Dios. Para todo lo cual le ayuda la gracia de Dios. La cual se pide y alcanza por la oración"¹⁷.

Por tanto, en este conjunto de hechos morales (referidos al proceso de la justificación y a la vida del hombre justificado) se inspira el autor para disponer el esquema básico que le sirve de guía en la selección y distribución posterior de materia. Al respecto, le ha parecido conveniente, "mirando a la mayor comodidad para ser bien percibida [la doctrina]" por parte de los catequizandos, retomar la misma secuencia temática del *Catecismo Mayor* (Símbolo-Sacramentos-Mandamientos-Padrenuestro), pero con el propósito (como vimos) de presentar una explicación más amplia y detallada de tales verdades. Razón por la cual se resuelve a esclarecer cinco cuestiones fundamentales:

1. "En los primeros sermones se trata de los *misterios de nuestra fe*, poniendo primero los fundamentos y puntos sustanciales, y después lo demás por narración, como san Agustín enseña y se ve por experiencia, y aun por ejemplo de la ley escrita y evangélica, que ambas se enseñan por narración e historia, la una en el Pentateuco y la otra en los cuatro Evangelios".

2. "Después se trata de la *penitencia interior*".

3. "Después de los *sacramentos*, cuanto a los indios parece conveniente".

4. "Al cabo de los *novísimos*, con que se concluyen los misterios de nuestra fe y se despiertan la esperanza y el amor para cumplir la ley de Dios, que por todo son treinta y uno sermones"¹⁸.

8. Estructura interna

Cada sermón o catequesis se estructura internamente a partir de un esquema expositivo cuaternario (presente en casi todos de ellos): *enunciado* de la verdad propuesta ("suma"), *exposición* de la misma

¹⁷ Sermón (= S), XXX, fols. 189v-190r.

¹⁸ Sermonario, fol. 6r.

a modo de narración exhortativa, conocimiento de sus *exigencias morales*, y, finalmente, respuesta del oyente en la *oración*.

De este modo, en primer lugar el catequizando, por medio de las palabras del predicador, es movido a la consideración y asentimiento de las verdades que se le presentan, mediante el ejercicio del entendimiento y la memoria, que comprenden y retienen el contenido de las mismas. A continuación, la exposición de la doctrina de la fe provoca en quien escucha el convencimiento de la falsedad de sus creencias idolátricas, y hace tomar conciencia del error en que había vivido hasta ese preciso momento por prestar obediencia y rendir culto a las antiguas divinidades. Luego se suscita la intervención de la voluntad, por medio de la cual quien escucha es impulsado a asumir el compromiso moral. Esto es, poner por obra lo que ha creído por la fe. Por último, la respuesta personal se expresa en una breve oración de agradecimiento y súplica, a través de la cual todos son invitados a elevar sus corazones a Dios.

Sobre estas pautas didácticas algo más. Hasta ahora hemos mencionado de modo especial los movimientos internos del alma indígena en camino hacia la conversión. Aspecto que podría llevarnos a imaginar un auditorio sumido en la más completa pasividad y quietud frente a las propuestas del doctrinero. Pero tal apreciación resulta engañosa, pues en el transcurso de cada una de las catequesis se intenta suscitar una real participación (incluso externa), orientada en cada caso a motivar y expresar la interioridad de los catequizandos mediante actitudes y sentimientos concretos. En efecto, la lectura de los distintos sermones o pláticas nos lleva a pensar que la obra en su conjunto contempla (por momentos) una participación activa, práctica, casi operacional de los oyentes a lo largo de los encuentros o sesiones de formación religiosa. Es decir, a los indígenas no se los reúne sólo para que escuchen la exposición de la doctrina (finalidad que denotaría el carácter marcadamente pasivo del público ante el mensaje misional), sino también para que manifiesten sus estados interiores, purificados ahora por la fe evangélica¹⁹.

Tres ejemplos nos pueden ayudar a expresar con mayor claridad cuanto llevamos dicho. Las distintas oraciones, invocaciones y exclamaciones piadosas dirigidas en repetidas ocasiones a Dios Padre, a

¹⁹ Nos inspiró esta observación el análisis que Georges Baudot hace de los *Siete Sermones principales sobre los siete pecados mortales* (o "*Tratado de los pecados mortales*") de Fray Andrés de Olmos (México, 1551-1553). Cfr. *Utopía e Historia en México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520-1569)* (Ed. Espasa-Calpe. Madrid, 1983), 239-240.

Jesucristo, a la Virgen María, a los Angeles y a los Santos parecen indicar que cada sermón reclama (sobre todo al finalizar) una especie de celebración catequético-ritual, que incluye el recitado comunitario de plegarias, breves profesiones de fe, actos de adoración y alabanza, muestras de arrepentimiento y dolor, enunciados de buenos propósitos, peticiones y agradecimientos, etc. Esa participación se ve asimismo fomentada e incluso exigida por el predicador en determinados momentos de su plática. Testimonio de ello son las frases imperativas que aparecen con reiteración en sus labios, destinadas a estimular la atención, el interés y la colaboración personal en la asimilación de los contenidos. Así repite: "*Oídmeme con atención...*", "*Pues mirad ahora...*", "*Ahora conmigo, adorad a este gran Dios y llamadle diciendo...*", "*Herid vuestro pecho y con mucho dolor y lágrimas decid...*", "*Alzad vuestros corazones...*", "*Prestad atención a lo que os voy a decir...*", "*Mirad la imagen del crucifijo e hincadas las rodillas, decid...*", "*Y decid a Dios mirando al cielo...*", etc. Como también las continuas preguntas que lanza el auditorio en busca del benéfico impacto psicológico. Todas ellas de raigambre existencial, encaminadas a provocar la interrogación personal y el replanteo mismo del sentido de la vida de acuerdo a los designios divinos.

Ejemplos que nos parecen revelar la existencia de momentos sumamente activos en el transcurso de la enseñanza catequística. Sobre todo si se tiene en cuenta la efervescencia interior que producen los actos iniciales de la fe y la consiguiente conversión, amén de las pruebas de arrepentimiento y piedad que de ordinario los acompañan y expresan.

C. EL PROGRAMA CATEQUISTICO

Este apartado nos lleva a considerar nuestra obra desde un nuevo enfoque: el de su *contenido doctrinal* propiamente dicho, expuesto por el predicador en forma de sermones o pláticas continuadas. El análisis en detalle lo abordaremos en la tercera parte de la ponencia (al menos en aquellos aspectos que juzgamos de importancia). Ahora se trata de realizar una primera presentación del mismo, más bien descriptiva, mediante la enumeración de la materia que se ha creído conveniente proponer a los catequizandos a fin de ayudarlos a profundizar la comprensión del mensaje de la revelación y del anuncio cristiano. Esta selección de materia o temas da origen al *programa catequístico*, cuyo desarrollo gradual se prevee a lo largo de treinta y una secciones o encuentros con los naturales (no debemos olvidar que cada sermón da lugar a la celebración de una de estas reuniones de formación cristiana).

Ahora bien. Una lectura atenta y comparada de dichos sermones nos permite percibir de inmediato que el “contenido” de la instrucción se agrupa o gira en torno a tres tipos bien definidos de catequesis que podríamos denominar: *dogmática*, *sacramental* y *moral*. Pasamos entonces a conocer más en detalle los temas que incluye cada una de ellas.

1. La catequesis dogmática

Esta catequesis comprende de modo particular la transmisión del contenido esencial de la fe, tal cual brota de la revelación bíblica y de la tradición cristiana. Ante todo, trata de referir fielmente la doctrina de la Iglesia sobre los grandes misterios de Dios y de la salvación de los hombres, inspirándose directamente en las verdades proclamadas en el *credo* o *símbolo de los apóstoles* (en otros términos los “artículos de la fe”). Todo ello en función del dinamismo catequístico, es decir, para consolidar la educación de la fe de cada uno de los catequizandos. Fe por la cual reciben la revelación divina; y, por ella, se vuelven partícipes del don de Dios en forma consciente.

Mediante el desarrollo de esta enseñanza dogmática se les brinda entonces a los indígenas la posibilidad concreta de conocer con mayor profundidad el gran misterio de la salvación revelado en Cristo, y de tomar conciencia más clara de las obras y señales divinas que atestiguan con total certeza su cumplimiento en la historia humana. En aquellos precisos momentos (fines del siglo XVI), en los hombres y las culturas del Tawantinsuyo. De este modo, la persona de Jesucristo, el Verbo Encarnado, se convierte en el centro del mensaje evangélico que se les proclama. El es según una fórmula acuñada en el *Sermón 3* “verdadero Dios y verdadero hombre, Salvador de los hombres y Señor del mundo”. En este sentido todo el esfuerzo catequístico inicial se encamina a demostrarles con propiedad “lo que ha de hacer todo hombre para ser salvo”; y lo primero es justamente “creer los misterios de la fe de Jesucristo”. Luego viene “arrepentirse y hacer penitencia de sus pecados” (*Sermón 30*). En concreto, el predicador desarrolla en torno al “credo” o “artículos de la fe” los siguientes temas particulares:

- * *El hombre*: Naturaleza, destino, vida eterna, premios y castigos, filiación divina, fin sobrenatural (S 1).
- * *El pecado*: Concepto, efectos, ejemplos (S 2).
- * *Jesucristo Redentor*: Los misterios de su humanidad (encarnación-ascensión). El juicio final. La respuesta del hombre (S 3).
- * *La fe*: Los medios para alcanzar el perdón de las culpas y la salvación de Jesucristo. El rechazo de la idolatría. La fe de los cristianos en un solo

Dios: Padre, Hijo, Espíritu Santo. La actitud del hombre ante el llamado de la fe (aceptación o rechazo). Las mentiras de los viejos y hechiceros. Jesucristo remedio del pecador (S 4).

- * *El misterio del Dios único*: Atributos divinos. Unidad y providencia de Dios. La impugnación del culto idolátrico. El misterio de la Trinidad. La fe trinitaria (contenido, significado y valor) (S 5).
- * *La creación*:
 - De los cielos y los ángeles: Los ángeles malos. Las defensas del cristiano ante los diablos. Los ángeles buenos. Su ministerio en favor de los hombres. Refutación del animismo (S 6).
 - De la tierra y de los hombres: Adán y Eva. El estado de justicia original. El pecado original y sus consecuencias. La promesa del Salvador. La encarnación del Hijo de Dios. La redención de los hombres (S 7).
- * *La Iglesia*: Concepto. Los apóstoles. Pentecostés. La misión universal. Los mártires. Los santos. Los obispos. El Papa. Los herejes (protestantes o reformados). La misión al Nuevo Mundo (voluntad del Papa). El ministerio de los sacerdotes. Los cristianos (buenos y malos). El juicio final (S 8).
- * *La penitencia o conversión*: El pecado. La conversión. El abandono de las prácticas penitenciales prehispánicas (los confesores indios = "ichuris"). La detestación de las creencias y ceremonias idolátricas. El propósito de enmienda. La misericordia de Dios. El ejemplo de María Magdalena (S 9).
- * *Los novísimos*: El hecho de la muerte. Su origen. El sentido cristiano de la muerte. El abandono de las creencias y prácticas funerarias indígenas. La preparación para bien morir. El juicio de Jesucristo. La sentencia (la gloria, el purgatorio, el infierno). La realidad del infierno. El ejemplo de Lázaro. La vida terrena tiempo de conversión. Las oraciones, limosnas y sacrificios en favor de los difuntos (S 30).
- * *El juicio final* (o universal): La provisoriedad de las realidades terrenas. La predicación del Evangelio a todas las naciones. Las señales que anticiparán el fin del mundo. El temor a la ira de Dios. La acción del "Anticristo". La victoria final de Jesucristo. La celebración del juicio universal (destrucción del mundo, resurrección de los muertos, aparición del Juez Supremo, separación de buenos y malos). La tierra y los cielos nuevos. La vida feliz de los bienaventurados (S 31).

2. La catequesis sacramental

Si tenemos en cuenta una vez más el camino que el "maestro de doctrina" traza al catecúmeno en orden a conquistar el bien de la salvación prometido por Jesucristo a los que creen en él, llega ahora el momento de reanudar la marcha y cubrir un nuevo tramo del recorrido (el segundo). Este le demanda disponerse con prontitud a "recibir los sacramentos de la santa madre Iglesia". Comienza así entonces el desarrollo de la catequesis sacramental, cuyos objetivos son bien pre-

cisos. Por una parte, se trata de mostrar los sacramentos según la naturaleza y finalidad de cada uno, como fuentes de la gracia y como remedio contra el pecado y sus consecuencias. Y, por otra, de crear en los naturales las debidas disposiciones para recibirlos. Pues, si bien ellos expresan por sí mismos la voluntad eficaz de Cristo Salvador, su digna recepción reclama por parte del hombre pecador una voluntad sincera de responder al amor y a la misericordia de Dios.

Sobre estas disposiciones algo más. Para comprender la temática específica de la presente catequesis es necesario tener en cuenta que la celebración de los sacramentos en favor de los indígenas trae aparejado un profundo planteo de tipo moral. Una serie de costumbres y ceremonias prehispánicas han de dejarse de lado, pues se tornan incompatibles con el régimen de la nueva fe. Incluso algunas de ellas podían considerarse (a juicio de los misioneros) como “remedos diabólicos” de los ritos cristianos.

Así, a medida que se desarrolla la instrucción sacramental el predicador menciona y refuta, por ejemplo, las creencias idolátricas, el culto a las huacas, los sacrificios, las prácticas penitenciales, los ritos de comunión, las borracheras, el amancebamiento, las relaciones prematrimoniales, los impedimentos del matrimonio, las abusiones con los enfermos, los usos funerarios, los hechiceros y confesores, etc. Todo este conjunto de conductas y rituales pronto debía olvidarse como patrimonio de un pasado religioso que entraba en crisis a causa de la nueva economía sacramental, destinada a revelarle a los indios (mediante signos sensibles) los misterios salvíficos del único y verdadero Dios, al tiempo que dispensarles sin límites su gracia redentora.

De este modo, en el intento por lograr el olvido de lo antiguo y la resuelta aceptación de “las señales y ceremonias ordenadas por Jesucristo con las cuales [los cristianos]” honran a Dios y participan de su gracia (definición de los sacramentos), la enseñanza catequística va alternando la presentación de los siguientes temas:

- * *Los sacramentos*: Concepto, gracias, preparación y número (S 10).
- * *El bautismo*: Necesidad. Efectos. Bautismo de adultos y niños. Administración (S 10).
- * *La confesión*: Los pecados postbautismales. La misericordia de Dios. La penitencia (medicina y remedio). Efectos. El poder de absolver (propio de los Padres de Misa). Los antiguos confesores indígenas (“ichuris”). El olvido de las ceremonias penitenciales del pasado. La obligación de confesarse (precepto). La conveniencia de la confesión frecuente (S 11).
- * *Modo de confesarse* (preparación): Las malas confesiones (consecuencias). El examen de conciencia (hacer “quipos”). Los pecados de obra, deseo y

omisión. El arrepentimiento. La confesión íntegra. El sigilo sacramental (S 12).

- * *El Santísimo Sacramento del Altar*: Su excelencia respecto de los otros sacramentos. La fe en la presencia real de Jesucristo bajo las especies de pan y vino. La institución del sacramento eucarístico (sacrificio y comida espiritual). La misa (valor, asistencia a la celebración, disposiciones, frutos). El precepto de comulgar ("aparejo", condiciones) (S 13).
- * *La confirmación*: El rito. Los efectos. El deseo de recibir el sacramento (S 14).
- * *El orden sagrado*: El sacerdote ministro de Dios. El celibato sacerdotal. El poder de celebrar la misa y de perdonar los pecados. La administración de los demás sacramentos y las bendiciones. La honra y obediencia que los cristianos le deben a los sacerdotes. Los ministros y padres menores (diáconos, subdiáconos, etc.). Los ministros mayores que los sacerdotes (obispos, arzobispos, etc.). El Papa (dignidad, poderes). Los cardenales (funciones). Los falsos cristianos que no obedecen la doctrina del Padre Santo de Roma (moros, herejes, protestantes, piratas ingleses) (S 14).
- * *El matrimonio*: La continencia de los consagrados (perfección, finalidad, vocación). La bondad del matrimonio legítimo. Su institución divina. El pecado de amancebamiento. La maldad de las relaciones prematrimoniales (las costumbres de los antepasados, el consejo de los hechiceros). La finalidad del matrimonio cristiano. La ceremonia. La preparación. Las propiedades. Las segundas nupcias. El rechazo de la poligamia, el adulterio y el repudio. Los deberes mutuos de los esposos cristianos (S 15).
- * *Los impedimentos matrimoniales*: Necesidad de conocerlos por parte de los novios. La obligación de declararlos. Las proclamas matrimoniales. Los diversos impedimentos (infidelidad, segundas nupcias, consanguinidad, afinidad, crimen, violencia, miedo, impotencia). Dispensas y remedios (S 16).
- * *La extremaunción*: El rito. Los efectos. La acción del diablo al momento de la muerte del cristiano (tentaciones, desesperación, rechazo de la fe, retorno a la idolatría). Las oraciones e invocaciones para vencer las tentaciones de la hora postrera. La necesidad de recibir la penitencia y la unción (llamar al sacerdote). La ayuda espiritual que los familiares deben prestar a los enfermos (oraciones, agua bendita, compañía). El rechazo de las ceremonias idolátricas en favor de los enfermos (invocaciones, sacrificios, confesiones, etc.) El ejemplo del rey Ocozías (S 17).

3. La catequesis moral

Con el desarrollo de esta catequesis llega a su fin la instrucción del auditorio indígena, quien a lo largo de diez y siete reuniones ha tenido oportunidad de repasar los "misterios de la fe", de volver a descubrir la necesidad de una profunda y sincera "conversión" y de disponerse (desde el punto de vista espiritual y moral) a recibir con

fruto los "sacramentos". Consolidadas estas convicciones, sólo resta hacerle conocer más en detalle la "ley de Dios" y ayudarlo a afianzar el propósito de "guardarla".

Viene así a plantearse de modo específico la cuestión de la moral cristiana, algunos de cuyos aspectos y exigencias ya los había adelantado la catequesis sacramental. Desde ahora en más se trata de iluminar la existencia de los naturales para que ellos mismos sean capaces de reconocer en las circunstancias de su vida diaria (personal, familiar, social) la continua invitación de Dios a pensar y actuar según el espíritu y las exigencias del Evangelio que han recibido por la fe. Se tiende, por lo tanto, a presentar el perfil moral del cristiano, quien para agradar a Dios y servir a su prójimo ha de inspirar su conducta en los "*mandamientos*" y las "*obras de misericordia*", normas absolutas para la conciencia creyente.

Dentro de este conjunto de enseñanzas destinadas a poner la vida concreta de los catequizandos de acuerdo con la fe a la que se adhieren, ocupa un lugar primordial la *crítica de las costumbres indígenas*, pues a muchas de ellas se las considera viciadas de suyo por la idolatría; y, por lo tanto, como expresiones de una realidad socio-religiosa sujeta a la necesidad de un profundo proceso de purificación en los núcleos más íntimos de su propia cosmovisión (valores, convicciones, actitudes, etc.). En caso contrario la permanencia de los hábitos y usanzas ancestrales van a impedir sin más el sólido y permanente arraigo de la fe, objetivo fundamental de la tarea misionera por el Tawantinsuyo. Convirtiéndose así en una especie de traba constante, ordenada a paralizar en buena parte el proceso de las conversiones.

Por esta precisa razón el predicador, a medida que introduce la presentación de cada uno de los mandamientos y obras de misericordia, se detiene a enumerar en detalle todas aquellas costumbres de los antepasados manifiestamente opuestas a la vida cristiana. Reclamando con insistencia a los presentes su pronto abandono por tratarse de "puras mentiras y falsedades" inventadas por los viejos y hechiceros en su propio favor. Al tiempo que los invita a aceptar con firmeza de carácter el nuevo orden moral que les propone el cristianismo, más noble y humano que el anterior. El único en definitiva con reales posibilidades de revelarles a los indios el sentido último de sus destinos y desvelos; y, por ende, promoverlos a un estilo de vida superior, más digna, plena y humanizadora.

De este modo, la predicación contrapone de continuo el valor positivo de la "ley de Dios" (verdad, bondad, justicia) a la falsedad y malicia que impregnaba el antiguo estilo de vida de los *ayllos* o parcialidades. Recurso didáctico que lleva a nuestro imaginario doctrine-

ro a delatar sin rodeos (como en las dos anteriores catequesis) los "vicios y ritos" gentiles vigentes aún en amplios sectores de la población, para así poner de manifiesto con toda crudeza la disparidad de situaciones y la necesidad imperiosa de una profunda transformación moral de la sociedad andina.

En el marco de esta preocupación fundamental por dar a conocer el nuevo ideal de vida que las comunidades indígenas están llamadas a encarnar progresivamente como elemento inspirador de su propio desarrollo socio-religioso, el predicador traza el siguiente cuadro de pautas y responsabilidades morales:

- * *La ley de Dios:* La necesidad de observarla en orden a la salvación. El origen divino de los diez mandamientos. La promulgación en el Monte Sinaí. Su predicación por parte de Jesucristo y los apóstoles. La ley escrita en el corazón de los hombres (obligatoriedad, bondad, justicia) (S 18).
- * *Los mandamientos que se refieren a los deberes para con Dios:*
 - *Primer mandamiento:* Condenación y refutación de la idolatría (politeísmo, animismo, culto a las *huacas*, ceremonias, etc.). El diablo inventor de la idolatría. La fe en un único Dios (creador y señor del mundo) (S 18). La falsedad del oficio de los hechiceros (ministros del diablo). Sus abusiones y ritos. La necesidad de delatarlos al sacerdote. La legitimidad del culto cristiano a las imágenes sagradas (S 19).
 - *Segundo mandamiento:* La licitud del juramento (condiciones). La prohibición de jurar en falso (con mentira). El ejemplo de Ananías y Safira. Los castigos previstos para los indios que juran en falso. La enseñanza de Jesús en torno a los juramentos. Diversas fórmulas de juramentos. El cumplimiento de los juramentos o promesas hechas a Dios, la Virgen, los santos y el prójimo. Necesidad de corregir a los indios que juran mucho (S 20).
 - *Tercer mandamiento:* La celebración del domingo (significación, valor). Otras fiestas de precepto para los indios. Modo de celebrar las fiestas cristianas (diferencias con las antiguas). La misa de precepto. La obligación de escuchar la doctrina y sermón en los domingos y fiestas. Advertencias sobre los bailes y borracheras. La abstención de trabajos serviles. Los días de abstinencia y ayuno para los naturales (S 21).
- * *Los mandamientos que se refieren al bien del prójimo:*
 - *Cuarto mandamiento:* Los deberes de respeto y cuidado de los hijos a los padres carnales. Las enseñanzas del Antiguo Testamento. La obediencia y respeto a los padres espirituales (sacerdotes, vicarios, obispos, religiosos) y a los señores temporales (rey, gobernadores, corregidores, curacas). El respeto a los viejos. Los deberes de los padres para con los hijos (crianza, educación religiosa, vigilancia de las hijas). Los deberes de los esposos entre sí (S 22).
 - *Quinto mandamiento:* La prohibición de matar, herir, maltratar o injuriar al prójimo. La necesidad de desterrar del corazón el odio y el

- rencor (S 22). El pecado de gula y embriaguez. La malicia de las borracheras. Sus principales daños y secuelas (corporales y espirituales). El ejemplo bíblico del rey Baltazar (S 23).
- *Sexto mandamiento*: La condenación del adulterio por parte de Dios. Su paciencia con los adúlteros. La reprobación que les espera si no se arrepienten y dejan las mujeres ajenas. Otros pecados carnales (fornicación, violación, relaciones de indias con sacerdotes, nefando y sodomía, bestialismo, etc.). El ejemplo de Sodoma y Gomorra. La urgencia del arrepentimiento y la confesión. Medidas domésticas para favorecer la pureza y castidad (S 24).
 - *Séptimo mandamiento*: El robo o hurto. La usura. El trabajo no remunerado. El abuso de derramas (impuestos). Los pleitos injustos. Los daños con la propiedad o hacienda del prójimo. El oficio de los correidores y alcaldes. La cólera divina contra los ladrones y engañadores. El ejemplo de la reina Jesabel que despojó a Nabot de su viña. La obligación de restituir (S 25).
 - *Octavo mandamiento*: Diversas formas de levantar falsos testimonios contra el prójimo (entre indios). La obligación de devolver la honra que se ha quitado. El deber de denunciar las malas acciones y pecados públicos al sacerdote y al visitador (borracheras, amancebamientos, idolatrías, etc.). La maldad de los chismosos y murmuradores. Los cristianos deben abstenerse de juzgar y condenar al prójimo (S 26).
 - *Noveno y décimo mandamiento*: La enseñanza de Jesús sobre los malos deseos del corazón. Los mandamientos prohíben la mala obra y el mal deseo de ella (especialmente el mal deseo de fornicar y hurtar). La limpieza de los ojos y del corazón. La confianza en la ayuda y misericordia divinas. El rechazo de los malos pensamientos y deseos. El auxilio de la señal de la cruz, la oración y la confesión (S 26).
- * *Las obras de misericordia*: El doble precepto del amor como resumen de la Ley de Dios. El mandamiento de amar al prójimo como a sí mismo. Diversas formas de maltratar y despojar al prójimo. La bienaventuranza de Jesús sobre los misericordiosos. Las obras de misericordia corporales y espirituales. El juicio final (separación de buenos y malos) (S 27).
 - * *La oración*: La necesidad de la oración para alcanzar la gracia de Dios. La práctica de la oración (sentido, disposiciones, fórmulas, tiempos). El rezo del rosario. Las oraciones personales. Las actitudes del cuerpo para bien rezar. Las visitas a las iglesias (S 28).
 - * *Las principales oraciones del cristiano* (breve explicación o comentario): El Padrenuestro (las siete peticiones). El Avemaría (la salutación, la piedad mariana). La devoción a la cruz. El "per signum crucis" (persignarse y santiguarse). El uso del agua bendita. Las oraciones eucarísticas (adoración de la hostia y del cáliz). La confesión general. Los cantos, los salmos, los oficios y las ceremonias sagradas (S 29).

II. LA CATEQUESIS DOGMÁTICA

Desde el *Sermón* 1 al 8 inclusive nuestro "predicador de indios" se dedica de modo particular a exponer al auditorio la enseñanza sistemática sobre el *misterio de Dios* y la *salvación del hombre*. Tomando como punto de partida los temas fundamentales que el *Catecismo Mayor* ya había propuesto a los catecúmenos (I y II Parte). De este modo da comienzo al desarrollo gradual de los que podemos considerar con toda propiedad la *catequesis dogmática* que ofrece el *Sermionario*. Pero antes de conocerla en sus pormenores es necesario clarificar los objetivos que persigue, para así estar en condiciones de comprender y evaluar el desarrollo de las cuestiones que incluye y los recursos didácticos que emplea.

La preocupación fundamental que guía todo el programa o planteo catequístico (y que subyace en cada una de sus partes) podemos formularla así: transmitir a los oyentes (algunos de ellos en vías de iniciar el camino de la conversión, otros ya en marcha firme y constante) el "contenido esencial" de la fe cristiana según se desprende de la revelación evangélica y de las enseñanzas de la Iglesia. Se apunta así desde el inicio de la tarea a un momento básicamente "cognoscitivo" (conocer los contenidos de la fe), destinado a posibilitarle al catecúmeno el contacto con la progresiva revelación de Jesucristo como Salvador del hombre; y, por ende, de todos y cada uno de los indígenas (momento primordial en la presentación de las enseñanzas salvíficas).

A tenor de esta preocupación el predicador debe esforzarse, ante todo, por lograr ofrecer los fundamentos sólidos indispensables para que prenda y se desarrolle con vigor la vida de fe, abarcando en la exposición los misterios esenciales; y todo ello en forma de resumen conciso y sustancioso del credo cristiano. De este modo, el objetivo se perfila con nitidez: los sermones o pláticas tienden a fundamentar la fe que tras la invitación de los misioneros surge en los catecúmenos; y a purificar sus vidas de todos aquellos errores y condicionamientos psico-morales que puedan obstaculizar el proceso de la auténtica y profunda conversión al cristianismo.

A. LA SALVACION DEL HOMBRE

1. El destino del hombre

Conviene que nos detengamos por unos momentos en el *Sermón* 1, pues en la estructura total de la obra hace las veces de pórtico de en-

trada a la temática central de las distintas catequesis, que no es otra que poner de manifiesto este hecho providencial: Dios en su infinita misericordia ofrece ahora la salvación a los naturales del Nuevo Mundo (en nuestro caso particular los del Perú), hasta no hace mucho librados a la triste suerte que le deparaban sus propios dioses y creencias (situación de vida engañosa y falsa).

El predicador comienza por fijar el punto de partida de sus razonamientos en una cuestión por cierto vital para todo hombre: el sentido de su propia existencia y el destino de sus actos, planteo que en el ámbito de la teología moral se denomina "fin último del hombre"). La meta que persigue al enfocar desde un ángulo antropológico tan comprometedor el primer encuentro con sus discípulos resulta claro: desea ubicarlos (mental y afectivamente) frente al acuciante problema de su propia salvación, a la vez que suscitar en ellos una respuesta positiva a la interpelación salvífica que les dirige. O sea, intenta colocarlos en las mejores condiciones psicológicas y morales para que surja en sus conciencias el deseo de aceptar el nuevo mensaje religioso y prestar así libre asentimiento al acto de la fe, requisito indispensable para que se desencadene el deseado proceso de la conversión y justificación de la nueva feligresía.

Pero antes de pasar al desarrollo del tema previsto, por tratarse de una cuestión de tanta trascendencia, se requiere tomar algunos recaudos de tipo didáctico, destinados a motivar la interioridad de cada uno de los oyentes. En primer lugar se debe dejar bien asentada una recomendación inicial, válida para éste y todos los encuentros catequísticos posteriores: cuanto se les proponga han de escucharlo con suma "atención", porque a cada hombre (y, por tanto, a cada uno de los presentes) se le "*va la vida en saber el camino del cielo*". Enseñar este "camino" constituye precisamente la ocupación primordial del misionero, que no pretende otra cosa que instruirlos en la "verdadera ley de Dios", cuyo acatamiento cabal permite descubrir y amar el bien moral, al mismo tiempo que evitar el mal y sus consecuencias. Y en segundo término, amén del llamado a tomar con seriedad lo que escuchan, es necesario que todos sepan con claridad que la enseñanza en torno al destino del hombre descansa sobre un fundamento absoluto y soberano, digno de todo crédito y reputación. Ese fundamento es la misma Palabra de Dios, que de acuerdo a la voluntad del propio Jesucristo "sus ministros y predicadores" tienen la sagrada obligación de proponer en estas circunstancias a la consideración de los indígenas.

Tras estas breves advertencias preliminares, el predicador queda entonces en condiciones de encarar sin más rodeos la cuestión fundamental que trae entre manos: el hombre y su salvación eterna. Para

articular el discurso se sirve de cuatro verdades (núcleos temáticos) que enseña la "Palabra de Dios que tienen los cristianos, la cual no puede errar ni mentir". Son ellas:

1. *La naturaleza del hombre* (composición alma-cuerpo). Los indios son hombres, como lo son los españoles y lo es el sacerdote que les habla. El hombre se compone de cuerpo y alma. El cuerpo es de "carne" y "hueso"; en cambio el alma es espiritual y principio de toda vida (por ella vivimos, hablamos, andamos, sentimos, pensamos, queremos, etc.)²⁰.

2. *Inmortalidad del alma humana*. Cuando el hombre muere ("el alma sale del cuerpo"), su alma (a diferencia de las bestias y animales) ingresa a otra vida que nunca tiene fin. Los indígenas anteriores a la conquista (los "antepasados" de los actuales catecúmenos), si bien "en muchas cosas anduvieron errados y engañados", respecto de este misterio atinaron con mucha sabiduría a creer "que había otra vida, y que las almas salidas de los cuerpos no se acaban, luego mas vivían en la otra vida"²¹.

3. *La vida más allá de la muerte*. La Palabra de Dios no sólo enseña que las "almas son inmortales y no se pueden acabar", sino también que en el más allá existen premios y castigos. Los hombres "que en esta vida viven bien y agradan a Dios, tienen bienes y descanso para siempre en la otra vida; y los que en esta vida son malos y enojan a Dios con pecados, en la otra vida son castigados con penas y tormentos para siempre". Y este proceder de Dios "es muy justo y conforme a la razón": los buenos reciben el premio del bien que hicieron; los malos el castigo del mal que cometieron (simil del "buen padre con los hijos" y de los "señores que mandan y rigen los pueblos")²².

4. *Vocación y destino final del hombre* (creatura-imagen-filiación-gloria-pena). Dios es bueno y justo. Creó al hombre a su imagen y semejanza "para que le conociese, sirviese y guardase sus mandamientos". El es padre de todos los hombres y todos los hombres son sus hijos. El alma de los hombres es libre, capaz de elegir el bien y rechazar el mal. Dios se interesa mucho en saber cómo viven sus hijos en esta tierra ("si obran bien o si obran mal"). A los que en esta vida "le obedecen y cumplen su ley", en la otra los colma de bienes (pre-

²⁰ Fcl. 8v.

²¹ Fols. 8v-9r.

²² Fols. 9r-10r.

mio de gloria); en cambio a los “malos y desobedientes” les depara desdichas y penas (castigo de infierno)²³.

En enunciado mismo de estos contenidos permite comprobar que la primera catequesis reviste efectivamente el carácter de una aguda e ingeniosa *parenésis moral* sobre la suerte que le aguarda al hombre tras el umbral de la muerte (salvación-condenación): Realidad o situación futura que ese mismo hombre perfila ya en esta vida a través de sus opciones concretas por la práctica del bien o del mal.

De este modo, cada uno de los oyentes ha sido movido por afirmaciones y preguntas a examinar su propia conducta y a asumir las responsabilidades ético-religiosas que lo conducirán el día de mañana a la posesión de los premios del cielo. En concreto el indígena como hombre ha sido interpelado por la Palabra de Dios, que ahora en boca del misionero le revela el sentido último de su existencia, a la vez que le muestra el camino que conduce a la conversión.

Por último, conviene señalar que el predicador al poner punto final a sus razonamientos, consciente que en este primer contacto o encuentro catequístico se juega en buena parte el éxito o fracaso del plan formativo propuesto por el *Sermonario* (según sean las reacciones o actitudes que éstos adopten ante sus consideraciones), cambia por un momento el modo reflexivo y afectuoso de expresarse, y adopta un tono de hablar marcadamente grave y sentencioso como para dar a entender de nuevo con cuánta seriedad se debe acoger la apremiante invitación misional a servir al verdadero Dios y guardar sus mandamientos.

Por esta precisa razón, intentando resumir en breves conceptos cuanto lleva dicho, exclama: “Bien me habéis oído. Pues ahora no os quiero decir más, sino que guardéis en vuestra memoria cómo hay Dios, que es Señor y Hacedor de todo; y que este Dios es muy bueno y muy justo; así hace bien a los justos y castiga a los malos. Y que hay otra vida después de ésta, donde van nuestras almas; y allí reciben de Dios los buenos gloria, y los malos pena para siempre”²⁴.

2. *El pecado y sus consecuencias*

A la altura del *Sermón II* los catecúmenos ya han sido invitados a tomar clara conciencia de que todos los hombres son “hijos de Dios” y que “Dios quiere mucho al hombre”. Además han descu-

²³ Fols. 10r-11r.

²⁴ Fols. 11v-12r.

bierto que Dios como "buen padre" que es, tiene preparados en el cielo para los "buenos hijos" (los que guardan sus mandamientos) una realidad de vida nueva, rebosante de dones beatíficos imposible de imaginar ("bienes eternos tan grandes que no hay lenguaje que pueda contarlos, ni corazón que pueda pensarlos").

Esta visión escatológica de nuestra existencia (que el sólo pensar llena de tanto gozo y felicidad), sin embargo, se desdibuja con mucha facilidad del horizonte humano inmediato y actual, al punto de vivir por momentos de espaldas a ese futuro y en flagrante contradicción con él. La constatación de esta realidad (que compromete a todos los hombres) plantea de inmediato una pregunta que queda a la espera de una adecuada contestación: ¿Por qué motivo, razón o causa el hombre se aparta de un destino tan venturoso y prometedor? ¿Qué secretas fuerzas o poderes pueden seducir su mente y su corazón, al punto de abandonar el camino evangélico?

La respuesta del predicador no se hace esperar. Para el pensamiento cristiano, que se nutre en las fuentes de la revelación divina, la raíz de éste y de todos los males "es el pecado" (única "causa por la que los hombres pierden tantos bienes y caen en tantos males que no se pueden contar").

Evidentemente llega el momento propicio para introducir una prolija catequesis sobre el pecado y sus consecuencias, realidad humana que explica la necesidad imperiosa de la obra redentora de Cristo en favor de toda la humanidad (tema central del *Sermón III*). Los objetivos que se persiguen son bien delimitados y precisos: que los indígenas se formen un concepto acabado de lo que se entiende por pecado, que sepan rehuirlo con entereza y que descubran con prontitud el manantial mismo de donde mana el remedio a tanto mal (la "misericordia divina").

Esta inquietud didáctica suena así en boca del predicador: "Quiero, hijos míos, enseñaros en qué está todo el mal y perdición de los hombres, para que lo sepáis y huyáis y busquéis el remedio"; o también: "...para que sepáis enteramente cuán mala cosa es el pecado y cuántos daños os hace, y sabiéndolo así aborreczáis y huyáis de él"²⁵.

La situación personal de pecado se caracteriza, ante todo, por una especie de colisión o pugna en el interior mismo del hombre entre el "querer" de Dios (siempre salvífico y conducente a la beatitud) y su "propio querer" (sólo en apariencia benéfico, a la postre dañino y nocivo para alcanzar el bien y la felicidad). Conflicto en el que sale

²⁵ Fol. 13r-v.

airoso este último. De este modo, el hombre se resiste “a hacer lo que Dios manda” y termina por hacer lo que a él “le gusta” (“hacer su voluntad y no hacer la voluntad de Dios, mas traspasar sus mandamientos”) (fol. 13r). En concreto “el pecado es hurtar y adulterar, y jurar falso y adorar huacas y hacer mal a otros”, “emborracharse, maldecir y herir al prójimo”, etc.²⁶.

En este contexto el pecado aparece como “una sierpe y culebra que echa ponzoña y mata...; pestilencia que corrompe e hiere de muerte al alma que toca”²⁷. Sus efectos son nefastos: hace al hombre esclavo del diablo, enemigo de Dios, condenado a los tormentos eternos del infierno, mata el alma y la deja fea y abominable²⁸. Pero además la “Sagrada Palabra” advierte sobre otra consecuencia que se sigue de este proceder contrario al designio salvífico: el enojo divino (el pecado “enoja mucho a Dios”, y él “tiene por enemigos a los que hacen pecados”). ¿Cuál es la causa de tal enojo? Dios es respecto del hombre su “Padre” que le dio el ser y lo mantiene, su “Rey y Señor”. El hombre vive en su casa (“que toda la tierra es casa suya”). De él recibe constantemente todos los bienes. Teniendo en cuenta estos títulos y bienes, es justo y razonable que Dios se indisponga cuando éste olvidando cuánto le debe lo ofende, desprecia y quebranta su santa ley. En estos casos “se enoja mucho y con mucha razón”.

Y el hombre quebranta la ley cuando comete adulterio, cae en borracheras y robos, hiere al prójimo con maldiciones y malostratos, abandona el culto del verdadero Dios, adora al diablo y a las huacas, se resiste a aprender la ley de Dios, desobedece a los padres (espirituales y carnales), consulta a los hechiceros y viejos en las enfermedades y necesidades, etc.²⁹.

²⁶ *Idem*.

²⁷ Fol. 13v.

²⁸ Este es el símil que se emplea: “Y mirad lo que hace la muerte en vuestros cuerpos, que esto hace el pecado en vuestra alma. El cuerpo muerto ya véis cuán feo se pone, cuán sucio y hediendo. Antes era una doncella muy hermosa y linda, en muriendo está fea e hiede. ¿Quién hizo eso? La muerte que apartó el alma de aquel cuerpo. Era primero un mozo recio y valiente, después de muerto no se menea, ni anda, ni habla, ni siente; y si los echáis al muladar o le pisáis, no se defiende. Pues, ¿cómo es tan para poco, el que antes era valiente? Con la muerte perdió las fuerzas y la vida y el sentido; y todos huyen del muerto, porque espanta y huele mal. ¿Habéis mirado esto? Pues, eso propio hace el pecado en vuestras almas” (S II, fols. 13v-14r).

²⁹ Fols. 15v-16v.

3. Lecciones del Antiguo Testamento

Hasta aquí la apelación al "enojo divino" ha sido invocada en el plano más bien de las afirmaciones teóricas, sin mencionar situaciones humanas del pasado que pudieran motivar o fortalecer el propósito de no indisponer a Dios con la conducta pecaminosa. Pero es evidente que la argumentación ganaría en fuerza y eficacia moral si se demuestra que en ciertas ocasiones dicho "enojo" terminó por decretar aleccionadores "castigos" y "aflicciones" Prueba evidente para comprobar que en este aspecto "Dios es terrible y castiga bravísimamente los pecados". En esta perspectiva se ubica la catequesis en su tramo final.

Al respecto nada más ilustrativo que acudir al Antiguo Testamento y referir algunos casos concretos de faltas que enojaron mucho a Dios, al punto de prescribir penas espantosas para sus autores. Se trata de cinco pecados, todos ellos traídos a cuenta *"ex profeso"* en razón de la situación moral en la que podía verse sumido el auditorio: *soberbia* (ángeles malos-demonios), *desobediencia* (Adán y Eva), *lujuria y fornicación* (diluvio universal), y *"contra natura nefando"* (Sodoma y Gomorra). En tono severo el doctrinero comenta:

"Por el pecado de soberbia echó a los ángeles con Satanás del cielo, y se hicieron fieros demonios. Por el pecado de desobediencia desterró a nuestros primeros padres, Adán y Eva, del paraíso de deleites, y todos sus hijos y descendientes padecemos trabajos, miserias y muerte. Por el pecado de lujuria y fornicación hundió todo el mundo con el gran diluvio, y sólo escaparon ocho personas. Por el pecado contra natura nefando, con fuego del cielo abrazó cinco ciudades, y a todos sus moradores los volvió en ceniza"³⁰.

Con la mención de estos hechos y sus desastrosas consecuencias (amén de "otros mil castigos crueles" que se podrían referir), la catequesis pretende llevar al indígena al camino de su propia conversión, aprovechando para ello (como hemos visto) el impacto psicológico que de seguro su conciencia sufriría (miedo, temor, alarma, inseguridad) al contemplar la suerte corrida por todos aquéllos que decidieron vivir según su "voluntad" y sus "gustos", de espalda a los mandamientos y leyes divinos, sin llegar nunca a demostrar arrepentimiento y enmienda. Pero afortunadamente el hombre si quiere puede escapar a tan horrible y desoladora suerte. Basta comience a poner en práctica ciertos actos, como son: saber cuánto enoja a Dios el pecado, huir de sus ocasiones, llorar sus propios extravíos y buscar remedio eficaz a tal situación. Sólo así no perecerá para siempre, evitará

³⁰ Fols. 16v-17r.

ser llevado al infierno y descubrirá una salvación que nunca conoce fin³¹.

B. JESUCRISTO SALVADOR

1. Jesucristo remedio del hombre

Dentro de los diversos aspectos y contenidos que abarca en sí mismo el acto misional de transmitir la fe a los indígenas, la *revelación de Jesucristo Salvador* pasa a constituirse en el objeto primordial que polariza toda la actividad evangelizadora. Dar a conocer la persona de Cristo y enseñar a vivir según su fe, he aquí la tarea esencial e impostergable que a diario aguarda al misionero que ejerce su ministerio sacerdotal en favor de estos nuevos prójimos.

El *Sermonario* ofrece una serie de breves catequesis sobre Cristo. Así, por ejemplo, tras una presentación general de su persona, se detiene a exponer los *misterios de su humanidad* (*Sermón III*), muestra los *alcances de su obra redentora* (*IV*), trata de su *divinidad* (*V*), del motivo o finalidad de la *encarnación* (*VII*), y de la *perpetuación de su obra salvífica en la Iglesia*, mediante las acciones sagradas de sus ministros (*VIII*).

Desde un primer momento Cristo es presentado a la consideración de los catequizandos mediante el recurso a la clásica imagen del *médico* que ofrece al hombre la posibilidad de la total curación. El pecado es una enfermedad del alma. Jesús tiene el poder de curar, pues es el "Cordero de Dios que quita los pecados del mundo". Pero no sólo es el que ofrece la medicina reparadora, sino que él mismo es el "remedio poderoso y admirable para quitar todos los pecados de los hombres"³². Incluso es la única persona capaz de aplacar la ira divina y hacer a los hombres amigos de Dios. Ante la contemplación de este conjunto de atributos y bondades salvíficas, la actitud del hombre no puede ser otra que la de conocer, amar, servir y obedecer a Jesucristo, si quiere verse libre de la enfermedad del pecado.

2. ¿Quién es Jesucristo?

Luego de esta primera aproximación a la persona de Jesús, la catequesis intenta ofrecer una respuesta adecuada a la pregunta que

³¹ *Idem*

³² Fol. 18v.

a esta altura del discurso con seguridad ya se han formulado de una u otra manera los oyentes: ¿quién es en concreto Jesucristo? (más allá de la sugerente imagen del médico).

La contestación comienza por enunciar una breve fórmula cristológica que declara la fe de raigambre calcedonense sobre el misterio total de la persona de Cristo: "verdadero Dios y verdadero hombre, Salvador del hombre y Señor del mundo". En cuanto a la pre-existencia del Verbo y su divinidad se dice: "Sabed, hijos míos, que Jesucristo es Hijo de Dios vivo y verdadero, el cual con el Padre Eterno y con el Espíritu Santo es un mismo Dios, y una misma sustancia y gloria, que así lo confiesa la fe de los cristianos y lo dice la Palabra de Dios que no puede errar. Y en cuanto a su humanidad, aludiendo también al motivo de la encarnación, se atestigua: "Es también Jesucristo hombre verdadero, como vosotros y yo. Porque este Hijo de Dios por remediar a los hombres tuvo por bien hacerse hombre como ellos"³³.

3. *La vida terrena de Jesús*

Después de dejar asentada esta afirmación cristológica capital sobre las dos naturalezas, la enseñanza se orienta por unos instantes a la consideración exclusiva de la "humanidad" del Verbo. Dimensión que ofrece por cierto a los catequizandos una vía de captación cognoscitiva más rápida y eficaz para acceder a una primera contemplación del "misterio" de Jesucristo. Más adelante se tratará lo concerniente a la "divinidad" (*Sermón V*).

Tal perspectiva reclama de inmediato la presentación de un elemental relato de la *vida terrena* de Jesús destinado a facilitar la formación de una imagen mental lo más acabada posible de su condición de hombre verdadero y perfecto, que en un determinado tiempo vivió entre los hombres para conseguir su salvación. Los elementos que componen el relato han sido tomados de la narración evangélica; y han sido seleccionados para ilustrar el discurrir de su vida desde el misterio de la "encarnación" hasta el de la "ascensión".

De acuerdo a estas preferencias, el núcleo catequético queda constituido por la mención de los cuatro momentos fundamentales de la existencia temporal de Jesús, a saber:

1. *Nacimiento*: anuncio del Ángel San Gabriel, concepción virginal ("por obra del Espíritu Santo"), nacimiento en Belén, adoración de los pastores, reyes y ángeles.

³³ Fols. 18v-19r.

2. *Ministerio público* (“cuando ya grande de treinta años”, se prolongó por tres años): predicación de la Palabra de Dios, enseñanza del camino del cielo y milagros “con solo su palabra” (curación de enfermos, contrahechos y ciegos; resurrección de muertos; andar sobre el mar; declarar cosas secretas y ocultas). Las palabras y milagros los respaldaba con una “vida santa, sin pecado”. “Su conversación muy amorosa, a todos hacía bien; y a los pobres y flacos amparaba y mantenía. Y a todos los pecadores convidaba con el perdón. Y daba a los hombres sus entrañas, porque los amaba como a hijos, y rogaba al Padre siempre y lloraba por ellos. Y así muchos pecadores y pobres se iban tras él, y los recibía a todos con grande amor”³⁴.

3. *Pasión y muerte* (a los 33 años) (“siendo su voluntad morir por redimirnos del pecado”). Sus adversarios: los fariseos (“hombres malos y soberbios y mentirosos”). Sintieron envidia y rabia. Sin razón lo persiguieron e intentaron matarlo. Pero “todo lo sufrió con mansedumbre por nuestro amor”. Traición de Judas (“vendido y entregado”)³⁵. Puesto en manos de sus enemigos (“padeció cruelísimos tormentos y afrentas gravísimas, azotado reciamente, coronado de crueles espinas, escupido y abofeteado por hombres viles”). Juicio y condena (“levantáronle muchos falsos testimonios”). Crucifixión (“monte Calvario”, “estuvo tres horas padeciendo grandes tormentos y muchas afrentas de sus enemigos”). Oración por los enemigos y ofrecimiento de su vida por los pecadores. Sepultura.

4. *Resurrección y Ascensión*: Resucitó “al cabo de tres días, como él lo había dicho a sus discípulos y como los santos profetas muchos años antes lo habían dicho”. Lo hizo glorioso en cuerpo inmortal e imparable. Apariciones a los discípulos (“muchas veces”, “estuvo con ellos cuarenta días enseñándoles las cosas del cielo”). Mandato apostólico (enseñar a creer en Jesucristo, a dolerse de sus culpas, recibir el bautismo y guardar la ley de Dios, sólo así serán salvos y alcanzarán la vida eterna). Ascensión (está “sentado a la diestra del Padre Eterno, sobre todos los ángeles, como Señor universal que es de todo el mundo). Y desde allí está mirando a todos los hombres de la tierra, lo que hacen y cómo viven. Y a los que hubieren guardado su ley, les dará el día del juicio gloria para siempre, y a los malos que no la aguardaron, tormentos sin fin en el infierno, porque ha de venir a tomar cuenta a los hombres en el postrero día del juicio final”³⁶.

³⁴ Fol. 19v.

³⁵ Fol. 20r.

³⁶ Fol. 21r.

4. *Apertura a la conversión*

La catequesis se cierra con la formulación de una serie de conceptos de orden práctico, cuyo fiel cumplimiento pondrá a buen resguardo los afectos y buenos propósitos que la evocación de la figura de Jesús ha despertado en los oyentes, haciendo que los mismos terminen por gravarse a fuego en sus mentes y corazones.

El misionero les acaba de revelar una vez más el "misterio de Jesucristo", en esta ocasión sobre todo bajo la impronta de la humillación y la ignominia. Ha llegado entonces el momento de decidirse a confrontar la propia vida con este conjunto de acciones y gestos reudentores, que evidencian la radical disposición de Jesús de asumir voluntariamente la vía del propio sufrimiento e inmolación para lograr "nuestro remedio". Al punto de afrontar los padecimientos "con tanto amor" por el sólo hecho de "librarnos de nuestros pecados". Ahora es cuestión que cada uno sepa aprovecharse "de tan grande remedio y gozar de tanto bien" que él pone a nuestra entera disposición. Y ese "aprovechamiento" y "gozo" consiste en curar "nuestras llagas y pecados" con "la muerte preciosa y sangre de Jesucristo".

Esta apertura interior a la conversión (que nace al contacto personal de cada catequizando con la persona viviente de Jesús, autor de la propia salvación), debe crecer y consolidarse hasta alcanzar la madurez propia de la vida cristiana. Proceso sobrenatural al que hay que favorecer mediante la práctica de una serie de ejercicios piadosos que expresan la fe y alcanzan la gracia. Por esta razón se les recomienda vivamente hacer oración para crecer en el deseo de oír la Palabra de Dios, y para que el sacerdote que los catequiza reciba el "don" de instruirlos con provecho; permanecer muy atentos durante el desarrollo de los sermones; conversar con otros acerca de lo que han escuchado de Jesucristo; y, por último, visitar la Iglesia, mirar con devoción la imagen del Crucificado, adorarla de rodillas y con sinceras muestras de arrepentimiento pronunciar la siguiente oración (que en breves palabras sintetiza las disposiciones interiores de aquél cuya vida acaba de ser iluminada por la catequesis cristológica):

"Señor mío Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que te hiciste hombre y moriste en la cruz por mí pecador, perdona por tu sangre todos mis pecados y hazme buen cristiano, y que sea yo hijo obediente y oiga tu palabra y la atiende y guarde. Salva Señor esta alma que tú creaste y redimiste, y dame gracia que siempre sirva, y después de mi muerte alcance yo la vida bienaventurada del cielo. Amén"³⁷.

C. EL MISTERIO DE DIOS

1. "La verdadera doctrina de Dios"

La enseñanza sistemática sobre Dios la encontramos desarrollada de manera particular en el *Sermón V*, dedicado en su totalidad a comentar los "artículos de la fe" (ya presentados en el *Catecismo Mayor*) referidos a Dios Creador, Unico, Providente y Trino. Para comprender el contenido de esta catequesis es necesario tener en cuenta la condición religiosa del auditorio. El predicador no se enfrenta en absoluto con la moderna cuestión del ateísmo (postura impensable tanto en el Incario como en las demás religiones indianas). Al contrario, está en presencia de culturas eminentemente "sacrales", expresiones de un contexto humano de profundas convicciones religiosas (los misioneros repiten hasta el cansancio que los indios no son incrédulos, sino religiosos por naturaleza). Por lo tanto, el problema que enfrenta la tarea evangelizadora no es afirmar la existencia y sentido de lo trascendente, sino la verdadera realidad de Dios de cara a las múltiples desviaciones del sentido de Dios características de la religiosidad precolombina (politeísmo, animismo, fetichismo, etc.)

Frente a estas deformaciones la catequesis intenta trazarle al indígena un camino por donde pueda alcanzar la "experiencia" de Dios, tal cual la propone con carácter salvífico la revelación cristiana. Esa experiencia reconoce como punto de partida ineludible un acto de confiada oración de parte de todos los catequizandos, quienes se disponen a escuchar una nueva "revelación", la más importante y luminosa de cuantas les ofrecerán los sermones: "*¿quién es Dios?*". Deben "rogar de corazón" a doble título: para que el predicador les hable con palabras propias de Dios (pues todo lo que él les comunique "el mismo Dios lo ha enseñado, y así no puede haber engaño, ni mentira en ello"); y para que sus mentes sean iluminadas en orden a percibir con claridad el sentido de tales palabras. La razón profunda de este introito se encuentra en el siguiente axioma: "Ningún hombre puede aprender la verdadera doctrina de Dios, si el mismo Dios no le enseña"³⁸.

2. Dios Creador y Providente

Las primeras reflexiones se orientan a fundamentar el hecho de que *Dios es Creador y Providente*. Atributos que la argumentación asocia inseparablemente, ligándolos por momentos a la soberana omnipotencia divina. De este modo, el nuevo encuentro catequítico

³⁸ Fols. 27v-28r.

comienza mostrando a Dios como el "autor" y "señor" del mundo, pues él lo creó, lo conduce y lo conserva. La mentalidad indígena, muy sensible al misterio de la creación poéticamente expresado en los viejos mitos y cosmogonías incaicos, se encontraba en condiciones favorables para comprender el alcance de estas afirmaciones. Si bien ahora debía interiorizar un cambio sustancial en la comprensión de ese mismo misterio: en su origen y conservación sólo se encuentra un ser trascendente (monoteísmo), cuya existencia y poder se verifica a través de sus propias obras.

En orden a facilitar la intelección de estas verdades dogmáticas se invita a los oyentes a contemplar una vez más las realidades concretas de la "vida terrestre" que rodean el transcurrir de sus días, especialmente aquéllas que despiertan en sus ánimos un marcado sentimiento de admiración y gratitud por su majestuosidad, belleza, abundancia, inmensidad, armonía, variedad, cualidades benéficas, etc. Así, por ejemplo, el firmamento, los astros, el mar, los ríos, las fuentes, las montañas, los campos, los vegetales y animales son (sin excepción alguna) obras admirables que nos hablan de Dios, por ser echura de sus manos. Por eso los cristianos pueden afirmar con sobrada razón: "El que es Señor de todo eso, y lo gobierna y manda: ése es Dios". Verdad fundamental que ahora cobra también actualidad para los neófitos indianos. Motivo por el cual, el misionero agrega un tono sentencioso: "El que hizo todo eso, y lo conserva con sola su Palabra: ése es vuestro Dios"³⁹.

Pero todavía es posible comprobar otras dimensiones del "señorío divino" sobre este mundo visible. A Dios se le debe atribuir de igual modo la dispensación de todos aquellos recursos y beneficios con lo que esa misma naturaleza socorre a los diversos *ayllos* o comunidades, para que éstos puedan satisfacer a diario sus necesidades vitales de alimentación, vestido y regocijo. Como son: la lluvia oportuna y bienhechora, la multiplicación del ganado, la fecundidad de las sementeras, la abundancia de las cosechas (maíz, trigo, papas), y todo cuanto hay de aprovechable en la tierra para la subsistencia. Aún más, "El que da la salud y los hijos, y el buen contento y el buen corazón: ése es Dios".

Incluso su poder ilimitado se hace presente en los fenómenos at-

³⁹ Fol. 28r. El predicador exclama: "Mirad, hijos míos, esos cielos tan grandes y tan hermosos, ese sol tan resplandeciente, esa luna tan clara, esas estrellas tan alegres y tan concertadas. Mirad la mar tan inmensa, los ríos que van corriendo presurosos a ella; mirad la tierra y sus campos y montes tan altos, las arboledas y fuentes, la muchedumbre de aves en el aire, de ganados en los prados, de peces en las aguas. El que es Señor de todo eso..."

mosféricos y en las situaciones de la vida que resultan adversas y mortificantes para el hombre, como medio concreto de corregir las desviaciones de su conducta, infundiéndole temor y propósitos de enmienda. Este es, en efecto, el sentido último de los truenos, relámpagos y rayos; y del hambre, las enfermedades, las muertes y los temblores. Infortunios que tanto sobresalto y pavor producían en el seno de las comunidades andinas⁴⁰.

Hasta aquí la catequesis, con sus alusiones directas a la creación y providencia divinas (en su intento de precisar quién es Dios), permite definir la situación del universo y del hombre (en su vida y necesidades) en relación con él. Ambos manifiestan una radical dependencia; y ambos son capaces de revelarlo por ser obra suya. A su vez, muestra que Dios conduce al mundo, que interviene en todos los órdenes de la naturaleza y de modo especial en la vida humana, dispensando toda clase de bienes.

Así, este conjunto de razonamientos y comprobaciones de profundo carácter existencial para los indígenas (pues entran en juego el sentido mismo de sus vidas y la satisfacción de sus necesidades más fundamentales), impulsan a la mente y a los afectos a reconocer de manera efectiva que ese "ser" o "principio" supremo, sublime, bienhechor y todopoderoso, "que en el cielo y en la tierra y en todo lugar manda, y no hay quien pueda resistir su poder: ése es Dios, porque todas las cosas no tienen más que un solo Dios, que es supremo Señor de todos"⁴¹.

3. *El Unico Dios*

La última frase del texto recién citado anuncia el tratamiento inmediato de la cuestión de la *unicidad* de Dios. El objetivo fundamental es complementario al del tema anterior: despertar en profundidad el sentido del verdadero Dios, mostrando su realidad concreta, en su absoluta trascendencia y en su soberana presencia, resaltando ahora sus grandes atributos de *unidad* y *aseidad*.

Pero para suscitar esta nueva percepción de la divinidad es necesario denunciar las perversiones del sentido de Dios que más abundaban en la época (ante las cuales no estaban todavía inmunizados los catecúmenos y neófitos). En primer lugar el *politeísmo*. La religiosidad incaica (como tuvimos oportunidad de ver) rendía culto a un número muy crecido de dioses, patrimonio común de toda la población: unos

⁴⁰ Fol. 28r-v.

⁴¹ Fol. 28v.

gobernaban el cielo, otros la tierra; unos daban el maíz, otros el ganado y el trigo; unos enviaban los truenos y la lluvia, otros salud, etc. Incluso, después de la conquista, algunos pensaban que el Dios de los cristianos era distinto al de los indios. Sin embargo, la realidad es muy distinta. Nada más conveniente, entonces, que poner en evidencia la fuente misma del error. Los responsables directos de tamaños equívocos son los "antepasados": ellos enseñaron tales creencias "porque sabían poco y eran como niños en el saber de Dios". De lo cual ahora hay que reírse y hacer burla, porque la Palabra de Dios revela con toda autoridad "que no hay muchos dioses, ni muchos señores, sino uno sólo"⁴².

Esta rotunda aseveración monoteísta hace entrar en crisis los fundamentos mismos del sistema "mágico-religioso" aún vigente en la sociedad indígena, al menos en ciertos aspectos y manifestaciones. De ahí la importancia de ofrecer alguna argumentación que demuestre (aunque sea a un determinado nivel) la verdad de la nueva doctrina. Al respecto se esgrimen dos argumentaciones: una de orden práctico y otra bíblica. La primera, utilizando el símil del gobierno político de los reinos, suena así: "No véis que entre los hombres cuando hay muchos señores hay guerra y discordia y no van bien las cosas, antes se pierde todo porque cada uno quiere sujetar al otro. Pues, si hubiese muchos dioses, uno en el cielo y otro en la tierra, claro está que no habría paz ni concierto entre el cielo y la tierra, sino que el uno pelearía con el otro, y todo se hundiría y acabaría presto. Un sólo Dios hay y no más". La segunda argumentación, se limita a citar categóricamente el texto de *Dt 6,4*, cuando Yahvé por boca de Moisés enseña a los israelitas a guardar los mandamientos, prescripciones y leyes: "*Oyeme pueblo mío, el Señor Dios tuyo, no es más que un sólo Dios*"⁴³.

A continuación viene la descripción más concreta de la naturaleza divina, mediante la enumeración de los otros grandes atributos, amén de la unicidad recién probada. La ampliación de la temática permite enfrentar la refutación de la segunda y tercera perversión del sentido de Dios: el *animismo* y el *fetichismo*. He aquí el elenco de atributos en cuestión:

- * *Invisible y espiritual*: "A los ojos corporales porque no es carne ni de hueso, ni tiene cuerpo, mas es espíritu".
- * *Omnipresente*: "Está en cielo y tierra y mar y en todas partes". Sin embargo, no se identifica con las cosas creadas: "no es sol, ni estrella, ni mar, ni fuego, ni tierra, sino el que hizo y gobierna todo eso".

⁴² Fol. 29r.

⁴³ *Idem*.

- * *Inmenso-Incomprensible*: “Es grande y no haz de pensar de Dios como lo que ves, porque tiene ser sobre todo lo que ves. Dios es un ser sobre todo ser”.
- * *Eterno-Infinito*: “No tuvo principio, ni tendrá fin, siempre es y siempre será”.
- * *Simple-Imposible-Lleno de gloria*: “No tiene necesidad de nada, en sí mismo tiene el bien, el contento y la alegría”... “No se muda, ni tiene tristeza, ni se cansa con gobernar todo el mundo”.
- * *Omnisapiente-Omnisciente*: “Sabe cuánto hay y cuánto puede haber. Ve los pensamientos ocultos del corazón y hasta las arenitas de la mar tiene contadas. Puede hacer todo cuanto quiere con sola su Palabra y puede deshacer cuanto hay en un punto. Los cielos y la tierra son como una gota de agua o como un grano de arena delante de su grandeza”.
- * *Bello-Bondadoso*: “Es muy lindo y muy hermoso. Y los que lo ven en el cielo nunca se hartan de mirarle”. “Es muy bueno y piadoso y lleno de amor a los hombres. A todas sus creaturas hace bien y las provee. Y, sobre todas, quiere bien al hombre, porque en él puso su imagen y semejanza.”
- * *Argumento anselmiano*: “no hay cosa tan grande, ni se puede pensar ni imaginar como Dios”⁴⁴.

Como podemos advertir, la primera parte de la catequesis sobre la “verdadera doctrina de Dios” (Dios Uno) insiste particularmente en transmitir el recto sentido de la divinidad, recalcando con fuerza los grandes atributos divinos que revelan el ser íntimo de Dios. Como son, ante todo, su *unidad* (definida en términos de existencia absoluta y simple), su *bondad infinita*, su *radical soberanía*.

Ahora bien. Ante el misterio de Dios cada indígena (como todo hombre) queda enfrentado a una doble alternativa, una verdadera y otra falsa. En primer lugar, respondiendo a la invitación misional, puede resolver romper con el pasado y admitir (con mayor o menor dificultad) la nueva propuesta religiosa.

En este caso se convierte en alguien “bienaventurado”, pues se decide a “conocer, servir y adorar” al único y verdadero Dios. O, al contrario, puede continuar aferrado a la religiosidad y ceremonias antiguas. Entonces permanece por propia voluntad en la condición de hombre “desventurado y ciego”, que sigue prestando “honra a las piedras y los ríos y a otras cosas bajas”. A este último hombre, para moverlo a cambiar de actitud, cabe formularle las siguientes preguntas: “¿Cómo no te avergüenzas de adorar por Dios lo que es menos que tú? ¿Cómo no lloras de haber deshonrado a tu Dios, quitándole

⁴⁴ Fols. 29v-30r.

la reverencia debida y dándola a las creaturas, a las huacas y a la mentira?".

Al formular tales preguntas (de carácter recriminatorio), el perspicaz predicador sale al encuentro de los posibles resabios tal vez aún presentes en los repliegues más profundos de la conciencia de algún catequizando (tentación siempre al asecho). Pero junto al agudo reproche, no olvida de alentar y favorecer las buenas disposiciones a la conversión de los más remisos (motivadas por lo que va del presente sermón y de los anteriores). Por eso de inmediato, haciéndose intérprete de esa interioridad iluminada por la fe evangélica en franca lucha por extirpar de sí las creencias idolátricas, prorrumpe en una petición de perdón, a la que se une un firme propósito de perseverar en la decisión tomada: "¡Oh, Señor, perdona nuestra ignorancia, que ahora que te conocemos no haremos jamás la maldad!".

Tras estas enseñanzas y recomendaciones llega el momento de poner punto final a la catequesis del día. Todas se resumen en la siguiente fórmula: "Así que, hermanos míos, nuestro Dios es todo el bien y todo el ser y toda la verdad que puede ser. Y así no hay más de un Dios en cielo y tierra, en España y en el Perú, y en todas partes y en todos los tiempos". Razón por la cual "quien adora más de un Dios es idólatra maldito y será condenado al infierno. ¿No lo creéis y confesáis así? Sin duda alguna, todos lo decís así"⁴⁵.

4. Dios "Trino"

Una vez asentados los fundamentos del sentido de Dios, el contenido catequético avanza a la consideración del tema trinitario. Entramos así a la segunda parte del *Sermón V* ("Dios Trino"), destinado a mostrar "otra verdad de gran misterio". En esta ocasión, la "gran gloria de nuestro Dios: que es también Trinidad gloriosa, Padre e Hijo y Espíritu Santo".

En primer término encontramos una profesión de fe trinitaria enunciada en estos términos: "Confesamos los cristianos que Dios es uno y juntamente es tres. Es un Dios, un Señor, un Poder, un Ser; y no tres dioses, ni tres señores; y juntamente es Padre e Hijo y Espíritu Santo, que son tres personas". Con la proclamación de esta verdad la enseñanza catecumenal toca el núcleo más íntimo y sustancial del dogma cristiano. La Trinidad es, en efecto, el objeto específico de la adhesión de la fe. Y lo importante, en definitiva, es que los indígenas se convenzan que lo esencial de su fe está en creer y adorar a esta triple realidad personal: el Padre, Cristo y el Espíritu Santo.

⁴⁵ Fol. 31r-v.

Pero resulta comprensible (tratándose de iniciados) que la novedosa propuesta dogmática los desconcierte de momento, pareciéndoles embrollada y hermética a todo intento de clarificación, por mínimo que sea. Al punto de entrever una especie de juego de palabras, reedición del viejo “modalismo”. Postura tanto más explicable si se tiene en cuenta que a la incomprensión propia del misterio se suma en esta oportunidad una dificultad propia de su psicología intelectual. El entendimiento del indio, como lo recuerda Pedro Borges Morán “estaba estructurado para captar lo real, lo singular, sin aptitud para las abstracciones, rebelde a toda composición o complicación mental”. Mentalidad predominantemente concreta que, al momento de la catequesis, experimenta serias dificultades para asentir a las verdades que supongan cierto grado de abstracción o que se alejen de las percepciones y conceptos ordinarios que se tienen de las cosas⁴⁶.

Por esta precisa razón el predicador se encarga de explicitar (al menos) algunas de las posibles preguntas o dudas que a propósito de la cuestión trinitaria puedan aflorar. En concreto formula dos: una referida a la distinción real de “personas” en el seno de la Trinidad (“¿Cómo son tres personas?”); y la otra, a la unidad de “naturaleza” (“¿Cómo puede ser eso?” = un solo Dios). La respuesta sin duda peca de esquemática y abstracta, fuera del alcance comprensivo del auditorio.

En cuanto a la distinción de las tres divinas personas se dice categóricamente: “Porque el Padre no es el Hijo, ni el Espíritu Santo; y el Hijo no es el Padre, ni el Espíritu Santo; y el Espíritu Santo no es el Padre, ni el Hijo. Véis ahí cómo son tres personas diferentes, que cada una de ellas no es la otra”. Y en cuanto a la unidad de las personas en una misma naturaleza, agrega: “Mas todas estas tres personas, Padre e Hijo y Espíritu Santo, no tienen más de un ser, un poder, un querer, un vivir; y así no son más de un solo Dios”⁴⁷.

Este intento de explicación no ofrece, por cierto, las cualidades didácticas requeridas para proponer un punto de la fe especialmente difícil de presentar, más aún teniéndolo que hacer en el estrecho

⁴⁶ *Métodos misionales* (o.c.), 78. Al respecto, Polo de Ondegardo comenta: “Ponen duda y dificultad en algunas cosas de la fe. Principalmente en el misterio de la Santísima Trinidad, en la unidad de Dios, en la pasión y muerte de Jesucristo, en la virginidad de Nuestra Señora, en el santísimo Sacramento del Altar, en la resurrección general; y acerca del sacramento de la extraunción (por no haberseles administrado hasta aquí), allende que tenían noticias de él, no creían que era sacramento” (*Tratado y Averiguación*, 455, ed. J.G. Durán en *El Catecismo del III Concilio...*, o.c.).

⁴⁷ Fol. 32r.

marco que ofrece el presente esquema catequético (pues los sermones en definitiva no son otra cosa). Pero adviértese que para subsanar la dificultad del tema no se recurre, como en anteriores ocasiones, al empleo de algún "recurso formativo" acorde con la capacidad mental de los destinatarios, como por ejemplo: una presentación más histórica, concreta e ilustrada con datos bíblicos; la alusión a las misiones de las Personas divinas (en consonancia con la pedagogía de la revelación; y no sólo mencionar las relaciones eternas entre ellas); y la inclusión de algún símil o comparación tomado de la realidad inmediata que al menos les facilite la aceptación del misterio.

Nuestro predicador, por su parte, consciente de estas limitaciones, parece manifestarse incapaz de ensayar un nuevo esclarecimiento. Por eso de inmediato intenta poner punto final a las demandas aclaratorias que él mismo se formuló. Para salir airoso de la prueba se sirve de una doble argumentación. En primer lugar esgrime la convicción más profunda de la teología negativa de la trascendencia e incomprendibilidad divinas. En el fondo, saber lo que Dios es en sí (Uno y Trino; y cómo se compaginan ambas realidades en un mismo ser) es algo inaccesible al conocimiento actual de los hombres. Para todos ellos (y, por lo tanto, para los indios) permanece inescrutable. Sólo se revelará en plenitud en un futuro (la visión beatífica). La respuesta, pues es ésta; "Dígoos que hasta que lo veamos en el cielo no podemos entender cómo es. Porque las cosas de Dios si fuesen tales que las pudiesen comprender los hombres, no sería Dios". A continuación viene el otro argumento. Este se basa en el testimonio supremo de Jesucristo. Es verdad que los hombres no han visto a Dios, ni pueden entender cómo es su grandeza. No obstante, "creemos los cristianos firmemente este misterio de la Santísima Trinidad porque Jesucristo, que es Hijo de Dios y lo ha visto como es, nos lo enseñó"⁴⁸.

3. *El Símbolo Trinitario*

Hasta aquí la presentación en sus grandes líneas del misterio trinitario. Sin embargo, la catequesis no desea concluir la instrucción sin antes "reforzar" algunos puntos claves en orden a favorecer su rápida memorización. Para lograr el objetivo apela a una especie de breve "resumen" o "compendio" destinado a recoger los aspectos esenciales del tema tratado. Si se presta atención a su contenido se distinguen con claridad dos partes: una nueva "*profesión de fe*" trinitaria (mucho más extensa y minuciosa que la anterior, especie de

⁴⁸ *Idem.*

regla de fe o símbolo trinitario) y un “*detalle*” del valor o significado que esa misma fe encierra para todo cristiano.

Comencemos con la mención de la “*profesión de fe*”. Está constituida por cuatro fórmulas que en apretada síntesis enuncian la milenaria fe “niceno-constantinopolitana”, enseñada constantemente por los Santos Padres y los grandes teólogos de la Iglesia. Todas ellas empiezan con el consabido “creemos y confesamos” propio de las solemnes declaraciones conciliares. Dada su importancia las transcribimos textualmente:

- * “Creemos y confesamos que en esta Santísima Trinidad hay tres Personas distintas, que se llaman: Padre e Hijo y Espíritu Santo.”
- * “Creemos y confesamos que cada una de estas Personas es Dios.”
- * “Creemos y confesamos que son iguales entre sí, porque no hay mayor, ni menor, ni primero, ni postrero, sino todas tres Personas son eternamente.”
- * “Creemos y confesamos que siendo tres personas distintas, de suerte que cada una no es la otra. Pero no son tres dioses, ni tres señores, ni tres poderes, sino un solo Dios y Señor. Al cual adoran los ángeles en el cielo y obedecen las creaturas en la tierra y tiemblan los demonios en el infierno.”⁴⁹

La presentación del “*detalle*”, por su parte, obedece al propósito de estimular por última vez a los catecúmenos a prestar plena adhesión al misterio del Dios Uno y Trino, más allá que a juicio de sus razonamientos resulte embrollado y nebuloso. El recurso motivador consiste en recordarles (a modo de argumento de credibilidad la verdad enseñada) el inestimable valor y significación que esa fe trinitaria ha revestido y reviste para los cristianos de todos los tiempos.

Si miramos al pasado, nos encontramos que la aceptaron y conforme a ella vivieron los grandes personajes de los primeros tiempos de la Iglesia (testigos de primer orden, sumamente calificados = apóstoles, mártires y doctores): “Esta fe predicaron los apóstoles. Por ésta murieron los mártires. Esta enseñaron todos los doctores de la Iglesia”. Si miramos al presente, damos con nuestra propia condición de creyentes, a la vez que percibimos que somos tales gracias a ella: “En esta fe y confesión nos bautizamos e hicimos cristianos. Este misterio profesamos todas las veces que nos santiguamos, diciendo: En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”.

Pero en esta misma línea argumentativa el predicador dispone aún de una razón más para terminar de persuadirlos de cuanto lleva

⁴⁹ Fol. 32r-v.

dicho, pues apela al testimonio supremo del propio martirio. Al punto de exclamar: "En esta fe vivimos; y por ella, si es menester morir, moriremos de buena gana". Prueba por demás elocuente para dar a entender el supremo valor que para él y todos los cristianos reviste esa fe, cuyos inestimables bienes la Iglesia quiere con premura poner al alcance de los diversos pueblos andinos.

A juicio de nuestro imaginario doctrinero, la "catequesis sobre Dios" por el momento debe concluir. Los argumentos y razones presentados le parecen suficientes como para que las mentes y corazones de los catequizandos se abran sin mayores dificultades al reconocimiento del misterio trinitario. Pero antes de despedir a sus discípulos cree oportuno recurrir con ellos al auxilio de la oración para pedir precisamente la efusión del "don" de la fe, único medio en definitiva para acceder al misterio insondable del buen Dios, quien con tanto amor y misericordia llama a los indios a la salvación. La petición la formula con estas palabras:

"Oh tú Señor, Dios nuestro, que eres Trinidad gloriosa, Padre e Hijo y Espíritu Santo, bendito y glorificado por siempre. Toda creatura te alabe, toda carne te adore por tu majestad. Alumbra, Dios nuestro, estos entendimientos nuestros tan ciegos, levanta estos pensamientos tan bajos, para que de Ti sintamos dignamente, y te honremos y adoremos con todas nuestras fuerzas; y después de esta miserable vida, te veamos con lumbre de gloria y gocemos eternamente sin fin. Amén"⁵⁰.

D. LA REFUTACION DE LA IDOLATRIA

La repetición de los encuentros catequísticos (cada uno con su tema y objetivos propios) posibilita a los oyentes percibir con mayor claridad que en el acto de fe (solicitado tan insistentemente), se inicia el proceso de la propia justificación. "Para ser salvos lo primero que habéis de hacer es tener fe y creer en Jesucristo", les recuerda el predicador al iniciar el *Sermón VI*. Esa fe, por otra parte, trae consigo una exigencia fundamental: quien desea recibir la salvación de Jesucristo debe abandonar de inmediato y para siempre las prácticas religiosas propias del tiempo de la gentilidad, evitando caer en posturas y ritos sincréticos. Por eso ya no es lícito adorar "otra cosa alguna más de un solo Dios verdadero, que es Padre e Hijo y Espíritu Santo:

⁵⁰ Fol. 33r.

tres personas y un solo Dios”, como lo acaba de enseñar la catequesis anterior⁵¹.

De esta manera, queda planteado una vez más el problema de la *idolatría*. Realidad religiosa con la cual no cabe propiciar ningún tipo de acomodación o componenda. Pues, la misma experiencia se encarga de demostrar que existe una relación directa entre el éxito de la evangelización y la erradicación del hecho idolátrico en el alma indígena. En esta ocasión, sin embargo, el tratamiento del tema se aborda desde un ángulo muy particular: la creación de los ángeles y su rebelión posterior.

1. *La creación de los ángeles*

De inmediato surge una pregunta: ¿por qué en esta oportunidad se afronta la refutación de la idolatría desde la perspectiva angélica y sus consecuencias? (enfoque a primera vista singular y llamativo).

En la búsqueda de la respuesta, comencemos por recordar las adquisiciones de quienes han asistido a todos los encuentros catequísticos, pues un tema engarza con los anteriores. A esta altura, reconocen a Dios como creador universal de cuanto existe en el cielo y la tierra. Quien se decidió a crear movido sólo por su infinita bondad (no porque necesitara de la compañía de otros seres). Saben, además, que el extraordinario fenómeno de la creación ocurrió al comienzo del mundo, tiempo en que fueron creadas todas las cosas de la nada, con el solo poder de su omnipotente Palabra.

A este panorama hay que agregar ahora algunas novedades. Dentro del variado espectro de las primeras creaturas, ocupan un lugar privilegiado los ángeles, numerosísimos y de naturaleza distinta a la de los hombres (algunos de los cuales se convertirán en responsables directos de la idolatría). Su semblanza se traza en estos términos: “innumerables ejércitos de espíritus que no son de carne y hueso como nosotros, sino muy sutiles y muy ligeros, muy hermosos y muy valerosos”.

Entre ellos se distinguen dos categorías: malos y buenos. Los primeros se revelaron contra Dios en los comienzos de la obra creadora. La soberbia los llevó a cometer este alzamiento, que terminó por convertirlos en “malos y rebeldes”. Motivo por el cual Dios, considerándolos traidores, los expulsó de los cielos y los condenó a la pena eterna. Los segundos, al estallar el conflicto, en cambio, perma-

⁵¹ Fol. 33v.

recieron leales y obedientes, luchando de parte de Dios, como el caso del Arcángel san Miguel que persiguió implacablemente las huestes de los malos. A éstos en razón de justicia los recompensó con el don de la gloria y bienaventuranza ("que es el mismo Dios")⁵².

2. La idolatría y los diablos

Ahora bien. Esta doctrina angelológica ofrece a la catequesis los elementos necesarios para explicar de modo preciso y adecuado (según el patrimonio teológico y la religiosidad de la época) el preocupante problema de la idolatría, tanto en sus manifestaciones privadas como colectivas. Para ello basta con tener en cuenta la existencia y actividades de los "ángeles malos", pues allí se encuentra la clave que viene a revelar el origen y persistencia del hecho idolátrico indiano.

Veamos los pormenores de tal explicación. Tras la rebelión y castigo, los ángeles en cuestión, "como malos y soberbios, quedaron muy enojados e hinchados contra Dios". Y hasta ahora "tienen su corazón lleno de rabia y de envidia contra Dios y contra todos los que son del bando de Dios". A todos ellos se los conoce con el nombre genérico de "*diablos*", "*demonios*" o "*zupay*"⁵³. Además de ser enemigos de Dios, se caracterizan por manifestar dos sentimientos adversos hacia los hombres: los aborrecen (por ser imagen y hechura vivientes de Dios) y les tienen gran envidia (porque gozan en el cielo los bienes que ellos perdieron a causa de su pecado).

Estos sentimientos los llevan naturalmente a desear de continuo la perdición eterna de los hombres. Cosa que procuran mediante diversas astucias y tentaciones, muchas veces difíciles de reconocer si no se está advertido a tiempo. Por este preciso motivo hay que desmascararlos cuanto antes mediante el reconocimiento de sus principales actividades, entre las cuales se pueden enumerar las siguientes:

- * "Engañan a los hombres y les persuaden que no adoren a Dios, ni crean en Jesucristo, mas que adoren a las *huacas*, donde ellos están y quieren ser honrados de los hombres."
- * "Hablan a los hechiceros" ("ministros del Diablo").
- * "Persuaden adulterios y homicidios, y hurtos y todos los pecados, porque con ellos se condenen los hombres y no sirvan a Dios, ni gocen de él, porque le quieren mal de corazón y les pesa mucho del bien de los hombres."⁵⁴

⁵² Fols. 33v-34r.

⁵³ Duende, fantasma, visión, demonio.

⁵⁴ Fols. 34v-35r. Cfr. también *Sermones* XVII y XIX.

Frente a este conjunto de acciones diabólicas cabe preguntarse si el creyente cuenta con algún remedio o auxilio que le permita escapar inmune de tales instigaciones y asechanzas. Evidentemente que sí (para alivio de los oyentes). Ante todo, la fe y la señal de la cruz. Por eso el predicador se apresura a aclarar: "Mas si vosotros creéis en Jesucristo y le llamáis, no podrán haceros mal estos falsos enemigos vuestros, porque huyen de la señal de la cruz; y en nombrando a Jesucristo, luego tiemblan. Y por eso los cristianos se santiguan y se persignan, haciendo la señal de la santa cruz". Motivo más que suficiente para que también los indígenas, si se quieren ver liberados de poderes maléficos tan poderosos, recurran con frecuencia a esta práctica, sobre todo al levantarse, acostarse, salir de la casa, entrar en la Iglesia, realizar algún trabajo, padecer enfermedad o sufrir tentaciones. Como puede verse se aprovecha la oportunidad para impartir una breve enseñanza sobre el valor y empleo del "*per signum crucis*" (breve y larga).

A reserva de esto, el cristiano cuenta con otro valioso auxilio para luchar con éxito contra los embates de los demonios: los ángeles buenos, particularmente el ángel de la guarda. A los primeros se los presenta bajo esta consoladora imagen (en evidente contraste con la sombría descripción de ángeles malos o diablos): "Los ángeles buenos que están en el cielo muy gloriosos y resplandecientes, os quieren bien, y son vuestros amigos y valedores; y ruegan a Dios juntamente con los santos por vosotros; y os traen buenos pensamientos al corazón, y os libran de muchos peligros y males; y se alegran de vuestro bien, y desean que seáis buenos cristianos y vayáis a gozar de aquel Reino de los cielos que ellos gozan".

Pero a esta protección dispensada a todos los fieles en general, se suma un patrocinio para cada uno en particular que llega a través del ministerio de un ángel personal. Es cuestión, entonces, que los indios tomen conciencia de la existencia de este tercer remedio o auxilio contra las potencias del mal. El predicador se lo revela con estas palabras: "Cada uno de vosotros en naciendo de su madre tiene un ángel bueno de éstos, que le manda Dios que os guarde y ayude; y siempre os hace bien y os defiende de todo mal. Por eso, encomendaos a él cada día por la mañana"⁵⁵.

Antes de continuar con el hilo del discurso, conviene sintetizar

⁵⁵ Fols. 35v-36r. El predicador enseña esta breve oración: "Ángel santo, a quien mandó Dios que me guardase, mira por mí, para que en este día no caiga en pecado, ni en mal alguno".

cuanto llevamos dicho. Hasta aquí el doctrinero se ha encargado de poner en evidencia la raíz última de toda idolatría: los *demonios*. Quienes se hacen adorar de modo particular en las *huacas* (preferentemente representaciones plásticas: fetichismo, totemismo); y actúan mediante las acciones sagradas de los *hechiceros* (sus ministros), mediante consejos, ritos, prohibiciones, sacrificios, etc.). Pero, a su vez, se ha preocupado de señalar con prontitud los *remedios* con los que cuentan los cristianos para vencer a esta clase de enemigos (fe, oración, ángeles). Le resta ahora afrontar la refutación de otra forma concreta que asume la idolatría: el *animismo*. Para así hacer comprender a los catequizandos que "el mismo Dios hizo, el sol y la luna y las estrellas para alumbrar y sustentar a los hombres"⁵⁶.

3. El "*animismo andino*"

El tema ya apareció en sermones anteriores, pero ahora se lo trata de una manera más explícita (aunque breve). Como para dejar bien asentado que bajo ninguna razón o pretexto es legítimo querer divinizar las fuerzas de la naturaleza, por más admirables y beneficiosas que ellas resulten para los hombres; y, en concreto, para las comunidades andinas, cuyo diario vivir transcurre en medio de paisajes lo suficientemente majestuosos y deslumbrantes como para despertar aquellos ancestrales sentimientos de asombro y fascinación (reverencia y acatamiento) que en épocas remotas dieron origen a los cultos estelares y telúricos aún vigentes.

Ante todo, nuestro predicador ataca sin rodeos la realidad suprema de la religiosidad incaica: el *Sol (Inti)*. Este astro a pesar de su belleza deslumbrante, bajo ningún aspecto es un ser divino. Al contrario, es como las demás luminarias del cielo "hechura de Dios". En verdad, fueron los antiguos habitantes del Tawantisuyo los que por su cuenta se encargaron de divinizarlo. Al punto de adorarlo, ofrecerle sacrificios y entablar comunicación con él. Hoy en día, nada de todo esto resulta cierto. Tales creencias son simples mentiras y falsedades que por propia conveniencia siguen propalando entre la gente crédula los viejos y hechiceros.

Para corroborar la certeza de esta aseveración no es necesario desplegar grandes razonamientos, basta con darse cuenta que el sol, a diferencia del hombre, es un ser sin vida, insensible, impasible, inerte, sin inteligencia ni pensamientos. El hombre (y, por ende, cada uno de los indígenas que escucha la catequesis), "aunque es tan pequeño,

⁵⁶ Fol. 36v.

es mejor que el sol, porque tiene en sí la imagen de Dios; y habla y siente y puede ver a Dios". En cambio, "el sol ni habla, ni siente, ni puede ver a Dios". Mal podría, entonces, pretender alcanzar la categoría de los divinos un ser inferior al hombre, que ni siquiera goza de las propiedades básicas de los vivientes. Comprobación bien elocuente como para dejar al punto en descubierto la "locura grande" en que otrora cayeron los "antepasados" (máximas autoridades en materia religiosa) al concebir y practicar el culto solar.

Resulta evidente que aquellas primordiales creencias fueron resultado de apreciaciones ingenuas y desatinadas ("tontas" y "necias") del majestuoso mundo andino, cuyo centro de atracción vital lo constituía el incomparable "Inti". Ahora, a la luz de la predicación evangélica, ellas resultan absurdas y reprochables; y, tanto más, por cuanto en definitiva terminaban por entregarlos ciegamente al continuo ejercicio de una serie de ritos ilusorios, sin realidad alguna, puras "fábulas". Pues en verdad, "el sol ni les respondía, ni oía, ni curaba de sus palabras, ni sacrificios, porque no sentía"⁵⁷.

Y si es reprochable el culto al sol (valor supremo del panteón incaico), cuanto más lo será el que se tributa a otros seres, inferiores a él en la escala celeste o terrestre. Tal el caso de la *Luna*, el *Lucero*, las *Cabrillas*⁵⁸, y las demás estrellas; o del *trueno*, *cerros*, *montes*, *ríos*, *fuentes* y *tierra*. Todos ellos, a no dudar, "son creaturas que no hablan, ni oyen, ni sienten; más hacen lo que Dios les manda para servicio y provecho del hombre, que mora en la tierra y ha de ir al cielo a gozar de Dios, donde tendrá todas estas cosas debajo de sus pies"⁵⁹.

Ante la presentación de una impugnación tan absoluta y tajante del viejo "animismo andino", el doctrinero espera que los catequizandos se cuestionen una vez más la legitimidad de su pasado religioso. Para algunos aún vigente en los repliegues más profundos de su psiquismo. En concreto, pretende que cada uno de ellos caiga en cuenta que esas convicciones heredadas de los "antepasados" no son más que "boberías" y "disparates", cosas propias de hombres "necios" y limitados.

Y para reforzar la evidencia de esta argumentación apela, por último, al impacto afectivo, recurso siempre exitoso según hemos visto. Intención que lo lleva a poner en sus labios el recomendado y solem-

⁵⁷ Fol. 36v. Cfr. también *Sermón XVIII*.

⁵⁸ Cfr. nota 24.

⁵⁹ Cfr. *Sermón XVIII*.

ne apóstrofe que tanto conmueve al auditorio. En esta ocasión suena a vehemente y encendida recriminación: "¡Oh locos y sin juicio los que adoran estas cosas y hablan con ellas! Tontos vosotros, ¿no véis que ni responden, ni hacen nada, ni se curan de vuestras palabras, ni sacrificios, más que las piedras de la calle?". Pero a renglón seguido (como para suavizar los ánimos y disponer efectivamente a la conversión) agrega esta paternal y cariñosa recomendación: "Pues de aquí adelante, hijos míos, no os engañe el diablo, ni sus ministros los hechiceros, para que hagáis tan gran maldad y ofensa de Dios, antes le dáis muchas gracias porque os alumbró y sacó de una gran ceguera"⁶⁰.

4. La formación del hombre

La refutación del "animismo" se prolonga por unos instantes más en la catequesis sobre el origen y destino del hombre (*Sermón VII*), complemento y broche final de la instrucción que se imparte a los indígenas sobre el "misterio" del único y verdadero Dios. En esta oportunidad el discurso se orienta espontáneamente a poner al alcance de los catequizandos el mensaje que al respeto transmite la Sagrada Escritura en el libro del Génesis.

El objetivo al que se apunta es más bien preciso: proporcionar una breve explicación sobre el origen de la humanidad (que también procede de Dios). Pero el tema, además, se presta para reafirmar el hecho que Dios es Creador Universal de cuanto existe en el cielo y en la tierra; y para dejar constancia que toda la creación material (por ende, cada uno de los objetos del animismo) por disposición divina está al servicio del hombre, bajo su gobierno y señorío. La conclusión a la que se llega es bien clara y tajante: todo cuanto existe en este mundo (astros, elementos y fenómenos naturales, hombres, etc.) es pura y total obra de Dios, producto de sus manos, simples creaturas que en él reconocen su origen. Por tanto, el animismo no tiene razón alguna de existir. El fundamento sobre el cual pretende legitimar su realidad, resulta completamente falso, pura fábula e ilusión.

La catequesis comienza (como es costumbre) recordando una enseñanza anterior que sirve de engarce para introducir los nuevos contenidos. En este caso se retoma el tema de los atributos divinos, en concreto dos: Creador y Providente. De este modo, el auditorio vuelve a escuchar una de las verdades fundamentales del credo cristiano: "El omnipotente Dios, que os dije que había creado los cielos, y en

ellos innumerables ángeles —proclama el doctrinero—, ese mismo, con sola su palabra creó la redondez de la tierra y el mar, y todos los peces y aves, y bestias y ganados del campo. Y lo sustenta y rige todo, de modo que un pájaro no cae, ni muere, sin su voluntad. Y todas estas cosas creó para el hombre, al cual tiene por hijo y ama, y le quiere dar su Reino del cielo”⁶¹.

Tras el recuerdo de lo aprendido, viene entonces una nueva revelación, destinada a iluminar en profundidad el misterio de la existencia humana. El hombre (por tanto, todos y cada uno de los indígenas) tiene también su origen y sentido en ese mismo Dios, Creador y Padre de todo el linaje humano. Tal afirmación no debe causar ninguna extrañeza, pues la misma Palabra de Dios se encarga de aclarar perfectamente este misterioso principio de la humanidad.

Planteado así el tema, sólo le resta al predicador dar a conocer a su atento y ávido auditorio el momento y modo concreto en que Dios procedió a crear el primer hombre y la primera mujer. Pareja primordial de la cual descende todo el género humano, el del pasado y el del presente (en concreto, españoles e indios). Para confeccionar la narración catequística se sirve fundamentalmente de los datos bíblicos, pero también recurre a las representaciones que le ofrece la teología y la religiosidad popular características de su época. Conjunción de la cual resulta un relato movido, pintoresco y atrayente, con suficientes dosis de suspenso y dramatismo, apropiado a la mentalidad de los oyentes.

Se trata de reconstruir (al menos, a grandes pinceladas) el cuadro total del Paraíso, señalando con precisión cada uno de los momentos que componen aquel primigenio acto creador tan lleno de encantos y promesas, pero que pronto por desgracia quedará empañado para siempre. De este modo, se suceden una a otra las principales escenas del drama inicial de la humanidad: la creación de Adán y Eva, su vida feliz en el “paraíso de deleites”, el mandamiento o prohibición, la intervención del demonio, el pecado original, la pérdida de los dones preternaturales, la expulsión del Edén, las nuevas condiciones de existencia (signada por el trabajo, el sufrimiento y la muerte), el arrepentimiento de los primeros padres y la promesa de la salvación futura.

El cuadro se completa con una breve referencia a los siglos que median entre los acontecimientos del Paraíso y el cumplimiento efectivo de la promesa salvadora en la figura del Hijo de Dios encarnado. Ocasión propicia para que los catequizandos se familiaricen

⁶¹ Fols. 38v-39r.

con los nombres de los grandes personajes de la historia del Antiguo Testamento, como son: Noé, Abrahan, Isaac, Jacob, David y el pueblo de Israel. Todos ellos, junto con otros "muchos santos, y justo padres y profetas", se encargaron de anunciar "al pueblo cómo había de venir el Redentor a librarlos. Y todos estos justos morían con esta esperanza e iban a un lugar como cárcel, hasta que los viniese a sacar el hijo de Dios, y les abriese el cielo, que por el pecado de los primeros hombres estaba cerrado"⁶².

La promesa en efecto se cumplió. Pasó el tiempo, "un siglo y otro, y muchos más. Pero no se olvidó Dios de lo prometido". Exactamente al promediar "cinco mil años desde que el mundo se creó, vino del cielo a la tierra el Hijo de Dios para salvar a los hombres, haciéndose hombre en las entrañas de una doncella purísima llamada María, en Nazaret pueblo de Israel. La cual concibió sin varón, y parió sin dolor y corrupción. Este es Jesucristo, Hijo de Dios, hecho hombre como nosotros, sin pecado, que murió y derramó su sangre en la cruz, y resucitó al tercero día y subió a los cielos"⁶³.

Con esta breve profesión de fe cristológica concluyen las enseñanzas sobre la creación del hombre. Su desarrollo ofrece los elementos indispensables como para que cada indígena pueda reconocer el origen de su propia vida y destino en la dramática historia de los primeros padres. Todos los hombres provienen de aquella primera pareja y todos heredan su triste ventura. Pero al momento la reflexión abre las mentes y corazones hacia un mensaje esperanzador, rebotante de misericordia y consuelo. Jesucristo ha renovado para siempre la historia y la suerte de la entera humanidad. Desde el momento de su encarnación es suficiente creer con firmeza en él para sustraerse al destino de muerte y condenación que resulta de la culpa original.

Los indígenas, como los hombres de todos los tiempos, quedan invitados de ahora en más a reconocerlo como el único Salvador y Redentor, que "libra del pecado y maldición de los padres... y de todo pecado..., dando su gracia y favor para ser salvo". Por este motivo, las últimas palabras del predicador se convierten en una apremiante pregunta dirigida a todos los oyentes, como para arrancarles un profundo y confiado acto de fe que venga a coronar el esfuerzo misional de la jornada: "¿Creéis en este Jesucristo, hijos míos? (le dice). Mirad que éste es todo vuestro bien y vuestro Padre y Señor. A él adorad y servid y alabad para siempre jamás. Amén"⁶⁴.

⁶² Fols. 42v-43r.

⁶³ Fols. 43v-44r.

⁶⁴ Fol. 44r.

Conclusión

Para finalizar el reconocimiento temático de la catequesis en torno a los grandes misterios de Dios, volvamos por un momento a la significativa cuestión del animismo (punto central de la refutación idolátrica que venimos examinando), con el propósito de establecer una especie de conclusión general.

Resulta evidente que al predicador le preocupa, ante todo, infundir en sus catequizandos la clara conciencia del error en que han vivido por siglos a causa del sistema religioso heredado de sus antepasados, sobre todo en lo referente a la divinización de los seres inanimados. Entre los cuales se destacan de modo particular los astros (el sol, la luna y las estrellas). Cuerpos celestes cuyo comportamiento los intrigaba sobremanera; y que, por lo mismo, pasaron a constituirse en objetos por antonomasia de adoración.

Pero la realidad es otra, sin duda muy diferente. La Palabra de Dios enseña (sin margen alguno de error) que todas las cosas han tenido y tienen su origen en la potencia creadora divina, tal como lo proclama el relato del Génesis. Los seres y fenómenos naturales que en el pasado habían sido dotados de poder y divinidad, no son más que simples creaturas formadas al comienzo del mundo; y, como todos los componentes de la creación visible, sujetos al señorío universal del hombre y puestos a su entero servicio. Ellos, en definitiva, no pueden aspirar bajo ningún título ni aspecto a ser reconocidos y reverenciados como dioses porque precisamente carecen de vida propia y entendimiento. Son, por el contrario, seres inanimados, insensibles, sin pensamientos, ni deseos; y, por tanto, incapaces de constituirse en divinidades dignas de recibir respeto y veneración.

De esta manera, desde la óptica del *Sermonario*, se cierra para siempre la primera etapa de la historia religiosa del antiguo Perú: la dominada por la presencia soberana de los dioses precolombinos. Tiempo provisorio, lleno de ambigüedades y engaños. Tejido en base a la trama de puras “fábulas” y “fantasías”, inventadas por los “antepasados”; y transmitidas de una generación a otra por boca de los “ministros” del viejo culto. Con la predicación evangélica se inaugura una nueva y definitiva etapa, llamada a transformar hondamente la vida y el destino de las comunidades andinas mediante un nuevo fermento religioso: la fe cristiana. De ahora en más, los indígenas deben olvidar a los antiguos dioses y a sus ceremonias; y abrir sus conciencias a la rápida aceptación del mensaje que les proponen los misioneros. Pues ya “no hay duda de que a Dios —como lo señala el Padre José e Acosta— le es bien querida la salvación de los indios y de que

entre estos numerosísimos pueblos ha escogido a muchos para el Reino de Cristo con el fin de conducirlos a la patria en el orden, modo y tiempo que él mismo ha establecido. *El sólido fundamento de Dios está firme y lleva esta inscripción: El Señor conoce a los suyos (Tim 2, 19)*⁶⁵.

JUAN GUILLERMO DURAN

⁶⁵ *De Procuranda Indorum...* (Ed. *Corpus Christianorum de Pace*. Madrid, 1984), lib. I, cap. VI, 137.